



1889  
A

FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLEGAS  
(ZEDA)

t. 176013  
C

- SALAMANCA -  
IMP. ESTEBAN HERMANOS  
1889







---

# I

## LA PLAZA MAYOR

**M**ADRID tiene la Puerta del Sol; Barcelona la Rambla; Zaragoza el Coso; Salamanca la Plaza.

Suprimid la Plaza Mayor, y Salamanca quedará reducida, á pesar de sus grandiosos monumentos, á un poblacho como Avila ó Zamora. Con ella, es una ciudad muy superior á sus hermanas de tercer orden.

La Plaza Mayor es el corazón de Salamanca.

Por las artérias ó calles de Zamora, Concejo, Prior, Herreros, y por las plazas del Corriollo, Lonja de la Cárcel y Verdura, vá y viene la gente con un continuo movimiento de *sístole* y *diástole*, esparciéndose después por las venosas ramificaciones de estrechas callejuelas en que abunda más de lo conveniente, *la Reina del Tórmes*.

En la Plaza están los mejores comercios; en la Plaza el paseo de verano, por los jardines, el de invierno, por los soportales.

No es posible imaginar un salmantino y menos una salmantina, que regresen á sus casas sin pasar antes por la Plaza. Las fiestas son en la Plaza; en la Plaza estallan los motines; en la Plaza se obtienen las noticias; en la Plaza se encuentran los que se buscan y los que no se buscan; en la Plaza se apean de los coches los viajeros que vienen y en la Plaza montan los viajeros que se van.

La Plaza Mayor es á Salamanca, lo que á una casa la sala principal, lo que á la Universidad el Paraninfo, lo que á una catedral el altar mayor.



Considerada como munumento es majestuosa; su magnitud asombra; su simetría encanta.

Aunque sus adornos no son del mejor gusto, ni tienen gran esbeltez sus arcos y columnas, con el conjunto se recrea la vista y se complace el ánimo.

Nos acontece cuando la contemplamos lo que con ciertas mujeres, que, aun cuando sus facciones carezcan de corrección y de esbeltez su talle y de buen gusto su atavío, jamás nos cansamos de verlas y admirarlas.



No sucede lo mismo con los jardines del centro, ni tampoco con la ensaladera á que algunos dan el nombre de fuente, ni mucho menos con el *manejo* de hortalizas, de que tanto ha usado y abusado el amigo Huebra, en sueltos, misceláneas y chirigotas.



Vengamos al contenido.

He dicho que en la Plaza están los mejores comercios de la localidad y me falta añadir que, algunos de éstos, compiten ventajosamente con los más acreditados de la Corte.

Dígalo sino la botica del Dr. Ruiz, la cual, además de su elegante portada y de su lujosa decoración interior, cuenta con lo que vale más que todo esto, con productos farmacéuticos tan buenos como los mejores que se confeccionan en los laboratorios nacionales y extranjeros.

Si alguno de mis lectores lo duda, póngase enfermo, llame al médico, envíe la receta á casa del Dr. Ruíz, haga uso del medicamento, y si á la segunda toma no se siente aliviado, échele la culpa al facultativo que es siempre, en cuestión de enfermedades, el que paga los vidrios rotos.

Son también muy dignos de mención el comercio de Fidela, con su escaparate siempre atestado de lujosas telas, artísticamente coloca-

das por la hábil mano del célebre Felipe; el almacén de paños de Eladio Sánchez, exposición permanente de ancianos respetables; la Confitería Madrileña con sus tertulias eclesiásticas; la tienda de Elvira *la Cordonera*; la sastrería de Allú, y tantos otros establecimientos que acreditan, como los anteriores, el buen gusto de los comerciantes salmantinos.



¿Quién no conoce la tienda de Pozueta?

Su dueño es el prototipo del comerciante al por menor.

Es indecible la gracia que tiene para ponderar sus géneros; su finura y meliflua suavidad para tratar á los parroquianos; su paciencia para resistirlos; sus hipérboles para exagerar las mercancías, y finalmente, su arte para sacar el dinero á los compradores.

En aquella tienda se venden las cosas más heterogéneas. Sombreros de copa alta y medias de señora, ligas y petacas, jabón de olor y jamón de Westfalia, polvos de arroz y botellas de Champagne, conservas, sombrillas, gorras, paraguas... qué se yo!

Sus pieles, ó mejor dicho, las pieles de conejo, que él vende por pieles de oso del CÁ-NADA (!), son como el número de los tontos *infinitus*.

Pozueta, según un amigo mío, es el mago de los mercaderes de Salamanca; con su inimitable oratoria de mostrador es capaz de transformar los juncos indígenas en bastones de Indias y las arcillas de Alcorcón en porcelanas de Sajonia.

Las señoras salmantinas, aficionadas, como todas las de España al regateo, afirman que entienden á Pozueta, y creen haber resuelto un árduo problema económico, cuando sacan de la tienda un objeto por el cual han dado la mitad del precio pedido.

*Vanitas vanitatum!...*

El que se entiende y baila solo y hace su negocio por contera es el inteligente comerciante de la acera del Ayuntamiento, flor y nata de los mercaderes salmantinos, y uno de los más asíduos y exactos en el cumplimiento de los deberes mercantiles.

Su tienda es el punto de cita de la *high life* de la localidad.

Todo el que hace profesión de elegante, está muy obligado á pasar sus ócios en las puertas de aquél comercio.

Los chaquet de corte más atrevido, las levitas más *chic*, los pantalones más á *la derniere*, se exponen diariamente con sus poseedores respectivos, delante de los zócalos y entre-paños que decoran la portada del lujoso establecimiento.

Durante el invierno, los domingos y fiestas de guardar, al salir los fieles y *las fieles* de la

misa de doce que se celebra en San Martín, la acera de Pozueta (que éste es el nombre que actualmente dá el público al claústro Norte de la Plaza), se llena de lucidísima concurrencia.

Como que la misa de medio día es la misa de las *majas*, y no hay ni una que no *tome el sol* en dicha acera... cuando no está nublado.

Detrás del mostrador se destaca invariablemente la rubia cabeza y la fáz siempre sonriente de Pozueta.

A primera vista parece que es él el encargado de servir á sus parroquianos.

Error.

Los parroquianos son los que le sirven á él. Hasta de estorbo.



Pasémos por delante del Ayuntamiento.

A la puerta del *Hotél de Ville*, vestidos con largos levitones azules, conversan el *Arrasca*, el Cabo Salamanca, el Sargento Pinto y otros apreciables funcionarios del orden policiaco.

Sigamos.

En el rincón contíguo al arco de la calle de Herreros, hay una tiendecilla pobre y oscura: es una confitería.

Hasta hace muy poco tiempo, una anciana, agobiada por los años, contemplaba durante horas enteras, con ojos entristecidos, las gentes

que pasaban una vez y otra vez por delante de la puerta.

Aquella anciana era la Calixta.

Parecía la imágen del tiempo replegada en aquel rincón de la Plaza, contando por lo bajo las horas que restaban de vida á cada uno de los paseantes.

¡Cuántas generaciones vió envejecer! ¡Cuántas esperanzas vió morir!... Cuántas flores marchitas!

Los que ella conoció niños y contempló jugar por entre los arcos de la Plaza, jóvenes los vió, embebidos en amorosos devaneos... Y corrieron los años, y los jóvenes de otro tiempo ya caducos y abatidos, con la cansada frente inclinada hácia la tierra, pasaron por delante de la anciana. Y unos primero, después otros, fueron desfilando para no volver, dentro de negros ataúdes, seguidos de fúnebres cantos, entre filas de cirios, desapareciendo luego bajo el arco de la calle del Prior.

Cada vez que por la Plaza cruzaba algún entierro, levantaba Calixta los ojos y movía tristemente la cabeza, como dando al que se iba un último adiós.

También ella ha pasado ya entre flamear de cirios y cantos funerales *bajo el arco de la calle del Prior!*

La Plaza Mayor ofrece variadísimos aspectos.

Uno de los más vivos y animados es el que presenta en las mañanas de invierno.

Derrama el sol torrentes de luz sobre la acera del Correo. Las diligencias de Béjar, Vitigudino y Alba esperan dispuestas á emprender la marcha. Vocean los ciegos los nombres de los periódicos que acaban de llegar; *Fréjoles* canta como si le desollasen, mirando con sus ojos sin luz las puertas de las tiendas y temblando como si estuviese acometido de un ataque de epilepsia; las criadas de servicio pasan contoneándose con sus peludas sayaguesas y la enorme cesta colgada del brazo. En el arco del Corrillo un lechero grita, como si fuese á echar los hígados: ¡lech!... Por el arco del Toril aparece larga récua de mulas y pollinos, cargados de sacos de carbón, sobre los cuales brillan como diamantes, las gotas congeladas de la noche. Detrás camina un *Otelo* rústico, que vomita por aquella boca, empedrada de chinas más blancas que las de los arroyos, una retahíla de frases tan castizas como mal sonantes, y más larga que la fila de bestias de que él es el último representante. De la iglesia de S. Martín salen beatas y beatos, envueltas aquellas en largos mantos negros, con el rosario y el libro del tamaño de un misal entre las manos, cruzadas sobre el pecho; cubiertos ellos con largas capas, en que predomina el color azul.

En tanto, en la espadaña del templo voltean como locas las tres campanas, echando sus verdes faldas al vuelo.

Las diligencias emprenden su camino; las campanas callan; las criadas desaparecen; los vendedores de periódicos se alejan. *Parcimique*, dando golpes con su enorme garrote sobre las losas de la acera, grita desde lejos: «¡Hoy se sortea; mañana sale!»... y en el reloj de San Martín dan las doce, mientras que el del Ayuntamiento marca las doce menos cuarto.

¡Armonía entre la Iglesia y el Municipio!



Por la tarde, sino llueve, la animación se traslada al centro de la Plaza.

A pretexto de que los niños jueguen, amas de cría y *rollas* ó niñeras se solazan con sus soldados, *barbianes ellos y con circunstancias ellos*, ó retozan con sus amantes del orden civil, ó pellizcan y se burlan de *Patente*, que sucio, pingajoso, horrible, se deja caer con sórdidos y lúbricos modales, sobre aquellas nereidas del fre-gadero.

En los jardines los muchachos juegan al *alumbrao*, dejando oír con su voz atiplada, que resuena en los ámbitos todos de la Plaza, un agudo chillido, entre cuyas notas aflautadas va envuelta la palabra: ¡*Vengaaa!*...



Llega la hora del petróleo, ó lo que es lo mismo, de la *lucilina*.

Enciéndense los faroles, alúmbranse los comercios, y empieza el paseo, que se prolonga hasta bien entrada la noche.

Las señoras toman siempre la dirección de la derecha. Los caballeros la de la izquierda: de aquí la *vuelta* de los hombres y la *vuelta* de las mujeres.

En estos paseos empiezan las miradas incendiarias y las frases cogidas al vuelo. Allí se cambian los billetes amorosos, dados y recibidos con habilidades de prestidigitador; allí, en una palabra, comienzan esos mil preludios que terminan unas veces, las menos, en la vicaría, y otras, en la *vuelta* de los hombres, que suele ser no la de la Plaza, sino la del humo.



Cuando la Plaza Mayor hace alarde de toda su poesía es en las altas horas de la noche. Entonces parece el patio interior de un palacio gigantesco, de un Kremlin colosal.

¡Cuánta belleza en aquél majestuoso recinto!

Allá por el satinado azul del cielo, cortado en forma de rectángulo por los cuatro muros de la Plaza, camina lentamente la luna, con semblante entre cansado y dolorido. Su luz, dulce compañera del silencio, dá á los objetos fantásticos contornos. Dibújanse sobre la arena de los



paseos las temblorosas copas de los árboles, y sobre las losas de los claustros, arcos y columnas... En esas horas de misterio y poesía, la mente menos soñadora imagina maravillosas escenas y romancescas aventuras. Aquél ángulo sumido en las tinieblas, parece la silueta de negro torreón; el arco vecino, la abierta poterna de ruinoso castillo; el rayo de luna que se filtra por entre las menudas hojas de un grupo de acacias, finge la blanca figura de solitaria dama, que tal vez espera á su gentil amante.

¡Cuántos recuerdos!

¡Venturas inefables, sueños de amor, esperanzas, ilusiones, juventud... Todo el pasado, surgiendo de mi memoria, desfila ante mis ojos, llenando de amargura mi corazón!

«Por qué han de pasar tan de ligero  
Las dulces horas del amor primero!»

. . . . .  
El solemne silencio de la Plaza es tan sólo interrumpido por el taconeo de algún transeunte; lejos, el Tórmes murmura sordamente; una codorniz deja oír su canto africano, que el eco repite; Gurruchaga conversa con un grupo de polizontes, y en medio de la carretera, apoyado en el chuzo, del cual pende encarnado farolillo, el vigilante nocturno, con voz robusta y varonil, canta, haciendo una larga y complicada fermata:

¡Las dos en punto... y sereno!



# El Mariquelo



---

## II

### EL MARIQUELO

No conozco la etimología de esta palabra, ni sé de dónde trae su origen la costumbre anualmente repetida, de que un hombre suba la víspera de la festividad de Todos los Santos, al dar las doce, y en el mismo día de dicha fiesta, á las ocho de la mañana, á lo más alto de la altísima torre de la Catedral.

Allá por los años, ya lejanos, de mi infancia, uno de los espectáculos que más atraían mi atención, era la subida del Mariquelo.

Mis condiscípulos, alumnos como yo, del Instituto, esperaban también con inquieta ansiedad la hora de la peligrosa ascensión.

Al sonar la primera campanada de las doce, salíamos todos de aquel establecimiento de enseñanza, dando voces, saltos y *pinetas*; cruzábamos el Patio de Escuelas, atravesábamos co-

rriendo los cláustros de la Universidad, á pesar de las protestas de los bedeles, y asaltábamos en tropél el átrio del grandioso templo, cercado de cadenas, digna cada una de ellas de servir de leontina al más fiero y descomunal gigante.

El átrio era nuestro punto de observación.

No se fijaban entonces nuestros ojos en el magnífico espectáculo que se descubre desde aquel punto de vista.

No llamaba nuestra atención la fachada del Poniente, con el nacimiento del Niño Dios, primorosamente esculpido, con el relieve que representa la adoración de los tres Magos, con sus arcos llenos de encajes de piedra, ténues y sùtiles como blonda milanesa, con sus centenares de doseletes y pedestales afilegranados, que sustentan monjes, santos, obispos... algunos ¡ay! desnarigados por estas manos pecadoras!

Tampoco nos recreábamos contemplando el Cristo de piedra á cuyos piés lloran las dos santas mujeres, ni el rosetón gótico, cubierto por el interior de vídrios de colores, ni el jarrón de azucenas, *inclito timbre del templo salmantino*.

¡Cuántas veces después he sentido yo el escalofrío que produce lo sublime, admirando aquellas maravillas, teñidas por el tiempo con el color del cobre repujado!

En frente de la Catedral, el Colegio Viejo, con su vestíbulo, semejante al de un templo ateniense: á un lado la fachada oriental de la

Universidad, que aunque nada tiene de artística, despierta en el ánimo del observador recuerdos de inmortales grandezas; y lejos, la soberbia portada del convento de Santo Domingo, á la cual saluda el sol todas las tardes momentos antes de hundirse en el ocaso.



En el tiempo feliz á que se refieren estas líneas, ninguno de aquellos prodigios excitaba nuestra curiosidad. En cambio la torre atraía todas nuestras miradas, La inmensa mole nos llenaba de asombro. Como sucede siempre en presencia de lo enorme, el gigante aquél nos hacía sentir nuestra pequenez. Nos parecía el guardián formidable de la iglesia. Nos daba miedo. Yo algunas veces cerraba los ojos, creyendo que todo aquello se me venía encima.

No éramos nosotros solos los espectadores.

En la plaza de Anaya, en la escalinata del Colegio Viejo, en la calle de la Estafeta, en la entrada de la de Azotados, en la puerta de la Universidad, en la plazuela del palacio del Obispo, en todos los parajes de la población desde donde se distingue la parte superior de la torre, se agrupaba la multitud, ansiosa de ser testigo de la difícil ascensión del Mariquelo.



Llegaba el momento esperado.

Allá en una de las más altas galerías aparecían algunos hombres que, vistos desde abajo, resultaban ser del tamaño de muñecos. Al acabar de dar las doce, aquellos liliputienses trepaban como gatos por la media naranja. Hacían el efecto de sanguijuelas adheridas á una enorme ampolla de cristal. Llegaban por fin á la linterna, y allí asomados, gritaban con voces que se llevaba el viento. La campana del antiquísimo relój sonaba furiosamente. Entonces empezaba el asombro de la turba infantil.

Un hombrecillo montaba sobre la baranda que circunda la linterna, se agarraba á las molduras de la cupulilla, ponía piés y manos en los salientes y adornos de la aguja, hacía girar la enorme bola de hierro, se montaba sobre el árbol de la cruz, y erguíase, por último, en lo alto del pararrayos, agitando una faja, semejante á blanca bandera.

Si aquél espectáculo se hubiese verificado en las altas horas de la noche á la fantástica luz de la luna, hubiérase tomado al hombrecillo de lo alto por uno de los gnomos que coronan las cornisas del templo, el cual gnomo hubiese trepado á aquella cima para ejercer siniestro conjuro, ó por algún angel de piedra, dispuesto á emprender su vuelo á través del espacio inmenso.

Al ver aquel hombre en lo más alto de su gigantesco pedestal, la multitud lanzaba un



¡oooh!... que saliendo simultáneamente de mil bocas, se prolongaba durante algunos segundos.

El Mariquelo, por su parte, se mostraba orgulloso de verse tan elevado. Desde allá arriba le parecíamos gusanillos arrastrándonos por las losas del átrio. ¡Quizá nos despreciaba viéndonos tan bajos! ¡Quizá se sentía superior por un momento á toda aquella multitud que le victoreaba.

¡Efectos de la altura!...

Durante unos cuantos minutos hacía equilibrios y ejercicios gimnásticos en la barra del pararrayos. Ya levantaba un brazo, ya una pierna, arrojaba papeles y echaba sendos tragos de una botella que á prevención llevaba.

Su negra silueta, poco más gruesa que la barra del pararrayos, se destacaba á la luz del sol con graciosa delicadeza de contornos bajo el fondo azul del cielo.

Al cabo de un cuarto de hora todo terminaba y la gente iba poco á poco retirándose de sus puestos de observación. La torre, silenciosa y altísima, oscurecía con su sombra colosal las húmedas, verdosas y resquebrajadas piedras del átrio, en donde con negras sotanillas y blancos sobrepellices quedaban jugando á la pelota dos ó tres acólitos, parecidos por sus trajes talaes, á clérigos en miniatura.

En aquella época era para nosotros el Mariquelo, y particularmente para el que escribe estas líneas, un sér misterioso y fantástico. No cabía en mi cabeza, llena ya por entonces de los relatos maravillosos de las novelas románticas, la idea de que aquél hombre que hasta tales alturas se encaramaba, fuese un mortal de carne y hueso, como cualquiera de los que desde la plaza contemplaban la atrevida ascensión. Yo, al verle, pensaba en Quasimodo, y aunque trataba de echármelas de excéptico con mis discípulos, tenía la oculta creencia de que el Mariquelo era un sér sobrenatural, prodigio acaso de hombre y piedra, habitante misterioso de algún verdi-negro rincón, oculto entre los botareles de la religiosa fábrica. El Mariquelo debía ser tan antiguo como la Catedral: era sin duda el mismo que había subido el año anterior, el mismo de los siglos pasados, el mismo que en los tiempos venideros treparía á lo alto de la torre, al dar las doce del día 31 de Octubre.

Después supe que el Mariquelo era ni más ni menos que el carpintero de la Iglesia: un honrado industrial, conocido con el sobrenombre de *Pacho*.



Recuerdo su muerte acaecida en Agosto de 1877.

Era esperada por aquellos días la visita del Rey D. Alfonso XII. Como el Cabildo tratara de engalanar el templo, mandó limpiar las gajerías que corren por lo alto del interior de la Iglesia, al arranque mismo de las bóvedas.

*Pacho* fué el encargado de llevar á cabo operación tan peligrosa.

El medio que se ideó para esto de la limpieza no podía ser más primitivo. Consistía en un cesto, que por medio de cuerdas, y con ayuda de una polea, se levantaba á altura conveniente. Dentro de aquel cesto, *Pacho*, escoba en mano, sacudía las molduras y barría las elevadísimas cornisas. Una tarde ocurrió una cosa horrible: las cuerdas se rompieron y el desgraciado *Pacho*, el atrevido *Mariquelo*, cayó desde lo alto de la nave exclamando ¡Jesús me-valga,! yendo á chocar contra las losas inmediatas al púlpito de la epístola. El infeliz quedó muerto en el acto.

Coincidencia singular: aquella misma tarde llegó por primera vez la locomotora á la vista de Salamanca. La muerte del *Mariquelo* en el mismo instante de verificarse aquel otro suceso, tenía mucho de significativo. Representaba algo como la señal del fin de las viejas tradiciones salmantinas y el principio de una nueva vida más en armonía con la marcha de los pueblos cultos.

En efecto, á partir de la llegada de la lo-

comotora á Salamanca, han ido borrándose muchas de las antiguas costumbres. La línea férrea, uniendo con estrechos lazos la ciudad del Tórmes con las demás ciudades, ha ido quitando á aquella no poco de su antiguo carácter, de su individualidad, de su estilo.

No transcurrirán muchos años sin que Salamanca sea una población á la moderna. Caerán poco á poco sus viejos caserones, desaparecerá el color negruzco de aquellos sillares venerandos; las callejuelas estrechas y sombrías, que forman intrincados laberintos á los piés de las dos Catedrales, se trocarán en elegante caserío; surgirán barrios de obreros en los *Caidos* y en la calle de los Milagros; vendrán al suelo templos ya caducos, arruinados por los estragos del tiempo ó por las manos de los hombres; se levantarán fábricas, donde había iglesias; talleres, donde se alzaban conventos; almacenes, donde existían colegios. La clásica mantilla artesana será sustituida por el manto de velo cursi y ramplón ó por el *cheapeau* francés, ridículo y pretencioso; la peluda sayaguesa dejará el puesto al mantón achulapado; borraráse el *tó* del vocabulario salmantino; el gas ó la electricidad serán los sustitutos de la *lucilina*. Habrá higiene, policía, alcantarillado. Desaparecerá la semi-salvaje costumbre del medio cántaro; no recorrerán las *Águedas* las calles de la ciudad el día 5 de Febrero; se apolillarán en los sótanos del Ayunta-

miento el Padre P... y la *Lechera*; no cantarán y bailarán mozas y mozos en torno de las hogueras en las verbenas de San Juan y San Pedro; no regalarán los novios á sus novias los *chochos* de Carnaval; no subirá el Mariquelo á lo alto de la torre el día de Todos los Santos...

Salamanca entonces habrá adelantado mucho en la senda del progreso, será más culta;... pero habrá dejado de ser la ciudad de los recuerdos, habrá dejado de ser la Salamanca de la tradición, de la leyenda, de la poesía; y cuando los que hemos vivido durante mucho tiempo en su recinto, los que allí hemos aprendido, sentido, amado; los que tenemos allí los recuerdos de nuestra infancia y las dulces memorias de la juventud; los que nos hemos alejado con llanto en los ojos de la ciudad amada, arrastrados como hojas secas por el huracán de la vida; diremos al volver á ella, y no encontrándola, lo que el profeta de las tristezas: «¿Dónde está la señora de las ciudades? ¿Dónde está nuestra Salamanca?»



# El Carnaval





---

### III

#### EL CARNAVAL

**A**CABAN de dar las ocho de la noche. En la tortuosa y poco alumbrada calle suena música lejana. Ábrense ventanas y balcones, y en unas y otros aparecen graciosas sombras que, á juzgar por su argentina voz y por sus alegres risas, son de mujeres jóvenes.

La música que sonaba lejos, va acercándose cada vez más.

Óyense por fin distintamente los sonos regocijados de un ruidoso pasa-calles. Por encima del *rum-rum* de las bandurrias y guitarras, acompañado de los golpes secos de las panderas y del sonsonete de los hierros, parecen flotar cadenciosas y ondulantes las notas de las flautas.

—¡Son los estudiantes! dicen, parándose los transeuntes. —¡Son los estudiantes! dicen también voces alegres en ventanas y balcones.

Ellos son, en efecto.

Por fin aparece un grupo de jóvenes, con las capas de vueltas de vivos colores, terciadas sobre los hombros. Avanzan rápidamente á compás de la música, dirigen á los balcones frases enamoradas ó atrevidas, á las cuales responden risas mal sofocadas. Pasan, desaparecen, se alejan, al son siempre de guitarras, flautas y panderas.

Debilitase paso á paso la música, sus ecos, cada vez menos distintos, vienen á la calle solitaria como girones de armonía, arrebatados por el viento de la noche.

Es la víspera de Carnaval.



En Salamanca, como en todas partes, las máscaras se van. El carnaval huye de las calles y se refugia en los salones, de donde no tardará tampoco mucho en desaparecer. Acaso esto dependa de que en todo tiempo hay máscaras y mascarones. Ya lo dijo Fígaro: *¡todo el año es Carnaval!*

Sin embargo, los tres días de Carnestolendas sirven de pretexto á los disfraces, con ó sin careta.

He de confesar que las charras *falsificadas*, y las artesananas *auténticas* ó *de imitación*, eran para mí el único atractivo de la orgía callejera

que empieza el domingo de Quincuajésima y termina el miércoles de ceniza.

¿Qué cosa hay como una linda salmantina, con sus ricos manteos de vuelta, lujosamente bordados con miriadas de lentejuelas; con el levantado seno cubierto de morado dengue y acorazado, más que guarnecido, por millares de *galápagos*, cruces, relicarios y collares; con las negras ó rubias trenzas, que en esto de cabellos tanto vale el oro como el azabache, formando alto y calado moño y anchos rizos, descubiertos los últimos por el rebocillo ó pañuelo de blanco y transparente tul?...

Charras de tal trapío no necesitan comentarios.

No son menos de admirar las artesanas *naturales* y fingidas que se echan á la calle en las tardes de Carnaval. Si yo supiese hacer coplas y cantarlas como los estudiantes de la Tuna, no desperdiciaría la ocasión de llamar á las salmantinas *divinas*, y no por la fuerza del consonante, que como el apetito ciego á tantos precipita, sino por que lo son y de verdad.



Pero ¡ay! al lado de tanta belleza ¡qué de mamarrachos infestan la vía pública!

Todo lo más grotesco y chocarrero que encierra Salamanca sale á luz en esos días, que pu-

dieran llamarse de locura oficial. Harapos descoloridos, que fueron en otro tiempo vistosas galas; levitones inverosímiles, prendas interiores de un corte tan ridículo como atrevido, espadas mohosas, uniformes desgarrados; todo lo que durante el resto del año se pudre en los desvanes, todo lo que sobra, es paseado con gritos y repugnantes meneos por entre el barro del arroyo, sin respeto á anteriores y quizá honrosos servicios.

Parece aquello una caricatura de la historia, una alegoría chavacana de las sociedades que murieron.

El sombrero de copa alta que, dicho sea con el debido respeto, es la prenda de vestir que menos resiste á las injurias del tiempo, es objeto preferente del más exaltado culto por parte de las máscaras callejeras.

Los hay (sombreros) de todas formas y tamaños: desde el tubo largo como un telescopio, hasta el aplastado en forma de tartera, de campana, de embudo, de anchas alas y de estrechísimos alones. Todos, por supuesto, abollados, mugrientos, erizados, horribles.

Los máscaras sérios que con ellos se cubren, los defienden con alfileres, de los posibles apabullos.

En general, los del sombrero, hablan poco ó nada; visten su traje acostumbrado y no se ponen careta; pero en cambio se embadurnan los

rostros con corcho quemado, betún de lustre ú hollín de chimenea.

Graves y solemnes se pasean horas enteras arriba y abajo, por la Glorieta y calle de Zamora.

Estos máscaras son los menos intolerables.



En cambio los dominós del nabo son irresistibles. Los aficionados á este disfráz proceden de la Armuña ó de cualquier otro punto de Cafre-ría. Envuélvense los tales mascarones entre los pliegues de un dominó de percalina descolorida, que deja ver los piés del enmascarado caballero, calzados con anchos y claveteados zapatungos.

La careta con que aquellos tapan sus semblantes, suele ser un trapo súcio con tres agujeros. Por el correspondiente á la boca, asoma un residuo de tagarnina húmedo y escobajoso.

Pero lo característico de estos regocijados máscaras es el colosal nabo que ostentan con aire de triunfo.

¡Válgame Dios y qué hortalizas!...

La primera vez que ví aquella hermosura me quedé asombrado.

Desde entonces no me parece fábula que la Catedral de Santiago tenga de nabos los cimientos. ¡Si hay nabo de aquellos que él solo parece una catedral!...

La presencia de tales dominós hace en el paseo el efecto de una nube.

Reunidos en cuadrillas de ocho ó diez se lanzan á la calle de Zamora dando saltos, aullidos y empujones. Donde ponen los piés saltan chispas. A la charra que cogen por delante, la abrazan, besan y estrujan, no con mucha resistencia de la femenil deidad, á quien no disgusta del todo la broma ó *mate* de los del nabo.

A medida que la tarde vá pasando, los gritos, las acometidas y los saltos de los dominós van siendo cada vez más intolerables, á causa de las libaciones con que alimentan el fuego sacro de su alegría carnavalesca.

Por la noche, rendidos, pero no hartos de tanto salvajismo, suelen reunirse formando corro, entonando, con voz vinosa y *trituyente*, canciones campesinas, cuya música está á la altura de la letra.

«Dicen que te vés mañana,  
Yo me voy *desotro* día;  
Si me quieres aguardar  
*Dirémos* en compañía.»

Al fin se retiran, ó los retiran, á la vida privada.

Algunos *pernoctan en el cuarto de la churra*.



Los trajes de estera, los disfraces de oso, de al *higú*, de vaca... son otras tantas instituciones populares. Yo creo que hay dinastías de

osos y de vacas, cuyos atributos se transmiten por herencia, de generación en generación.

La vaca de este año, si no es la misma del anterior, es por lo menos su hija.



Alternan con las máscaras sueltas las patrullas de la lata y del cencerro; las alegorías, las escenas gitanescas, las comparsas de tirolese, de valencianos, marineros (según la iniciativa de los organizadores), las cabalgatas y la Tuna.

La comparse de los *majos* hace ya años que pasó á mejor vida.

Los de la lata son gentes desharrapadas y con los rostros horriblemente embadurnados. A falta de otros instrumentos, arañan guitarras sin cuerdas, soplan en cuernos monstruosos ó dan golpes tremendos sobre viejas sartenes ó abolladas cantimploras. Llevan un estandarte con un lema dibujado al carbón: de este estandarte suelen colgar, á modo de cordones, sendas longanizas.

Las alegorías envuelven casi siempre un pensamiento transcendental. Ya es una *república*, reclinada en un carricoche, arrastrado por anémico jamelgo; ya una inquisición con familiares, clérigos, verdugo y víctima; ya una corte con su reina á la cabeza, que es casi siempre

un varón más ó menos comerciante, con tirabuzones, polvos y colorete, rodeada ó rodeado de palaciegos con barbas postizas y casacones verdes y colorados, los cuales palaciegos, cabalgan en pollinos de *uno y otro sexo*; ya el capital y el trabajo; ya por último, la fiesta nacional con sus *Frascuélos* y *Lagartijos*, representados con sin igual donaire, por Tatos y Pelegrines.



Hasta hace algunos años era requisito *sine qua non* del carnaval salmantino, la célebre *comparsa de los majos*.

Formábanla treinta ó cuarenta buenos mozos, vestidos lujosamente con el traje de Andalucía: calzón ajustado, chaqueta corta, con profusión de caireles y alamares, faja de vivos colores, polaina de cuero, pañuelo de seda en la cabeza, sombrero calañés y manta poblada de madroños, jacarandosamente terciada por el pecho. Todos llevaban careta de hule.

Capitaneaba á los *majos* el maestro Dámaso, famoso barbero, que así manejaba la navaja de rasurar barbas, como punteaba en la vihuela una pieza de ópera.

Reuníanse el domingo á primera hora, si mal no recuerdo, en la calle del Palomo. Templábanse guitarras y bandurrias, sonaban tembladoras, por vía de señal, las sonajas de las pan-



deretas; formábase el corro, operación cuidadosamente ensayada con la antelación debida, y á una señal del barbero, rompía la música y con ella la marcha.

—¿A dónde?—preguntaban los vejigueros.

—¡*En cá Solís!*—contestaba el maestro Dámaso.



Actualmente, la única comparsa que procura conservar la tradición carnavalesca, es la de los estudiantes. Ella despierta en mi memoria un mundo de recuerdos. La Universidad, las amistades nacidas en el seno de las aulas, las escapadas colectivas en los hermosos días de invierno, las amonestaciones de los bedeles, los exámenes... Los nombres de queridos catedráticos que ya murieron: ¡D. Ramón Nieto, Don Bartolomé Beato!... Las sabrosas pláticas en torno de los braseros ciclópeos de la biblioteca. El viejo conserje á quien llamábamos Jehová; Camarero, Aguado, del cual malas lenguas decían que se embriagaba con agua de Colonia... Todo esto teñido de las simpáticas tintas del pasado, embellecido con la poesía que siempre envuelve el mundo de los recuerdos, se ha levantado del fondo de mi alma cuantas veces han herido mis oídos los sonos entre alegres

y melancólicos de las músicas escolares... ¡Oh Dios, que dón tan cruel el de la memoria!



La persona que quiera formarse idea exacta de lo que es el carnaval salmantino, debe buscar como punto de observación un lugar conveniente en la calle de Zamora. Ninguno mejor que el Casino de Salamanca. Abramos la mampara del cancel, crucemos el pátio, magnífica y elegantemente decorado, subamos la ancha escalera; pero evitemos cuidadosamente la subida de la *torre*: hay peligro de caerse.

—¿Qué se les ofrece? nos pregunta con exquisita cortesía el Conserje Sr. Espino. El Reglamento, añade, prohíbe la entrada en el local á los señores que no son sócios.

—Lo sabemos; pero ¿cree V. que nos negará su permiso el Presidente?

—¡Oh! no; pasen ustedes.

—Gracias.

A la entrada del salón encontramos al hijo de *Gloria*, que nos saluda con afecto.

Nos asomamos al balcón.

Veamos.

La calle de Zamora está de bote en bote. Con suma dificultad se mueve y avanza por las aceras una apiñada muchedumbre de paseantes.

A través de los cristales del Suizo se adivina un inmenso hormiguero. Por el centro de la calle pasan y vuelven á pasar máscaras, comparsas y cabalgatas.

—Calle, ¿qué carro es aquél de donde salen chispas y donde suenan martillazos?

—Es la fragua de Vulcano, contesta no sé quién.

En una especie de camión, revestido de percalina azul, unos cuantos cíclopes de la fábrica de Maculet, dan golpes á compás de la música, sobre dos ó tres yunques. El Vulcano de aquella frágua, menos estropeado que el esposo de Vénus, dirige los trabajos de forja con una varilla de metal dorado.

No intentan los mitológicos herreros labrar las armas de Aquiles. Más modestos son sus propósitos: se reducen á reunir con las dádivas del público, fondos suficientes para costear los funerales de la tradicional sardina: funerales ó exéquias que han de celebrarse con majestuosa pompa, el miércoles próximo en la pradera de Tejares.

Una máscara grave y silenciosa llama grandemente nuestra atención. Viste una especie de librea de colorines, cubre su cabeza con peludo sombrero, y maneja con mucho aire un bastón de grandes borlas. Sobre las narices del máscara descansan unas soberbias antiparras, poco menos grandes que los *lentes* de las locomoto-

ras, y en su boca humea un puro á propósito para la boca de un gigante.

Es Lúcas el colchonero.

Veinte años hace le ví en el mismo sitio, con la misma *chistera*, el mismo casacón... y hasta el mismo cigarro. Su disfráz es una sorpresa... que se repite todos los años...

Dando tumbos y volteretas, vestido de mujer en paños menores y con una papalina de las llamadas de calesa, pasa un hombre seguido de una lechigada de chiquillos que gritan y ahullan como energúmenos.

Es *Bórchigas*, el baulero de la Compañía, el contratista de los pellejos de los jacos inmolados en la Plaza de Toros, el más *divertido* y trabajador de todos los industriales salmantinos.

En un tílbury rechinante y herrumbroso se presenta un obeso personaje, vestido de verdulera, arrojando á una turba de muchachos puñados de castañas *pilongas*. Delante del carricoche lleva un mozalvete,alzada en un palo á guisa de pendón, una camisa no muy limpia de mujer, con este letrero: *La camisa de la Lola*.

—¿Quién es ese humorista?

—Un Concejal...

Chin, chin, chin.

—¿Quiénes son?

—Los majos.

Ay, ay, ay, D. José—cómo madruga usted!...

—¿Es algún colegio?

—No; es *Pitorra* con su comparsa de niños.

—Calle, también los enfermos gustan de ver las máscaras.

—Cá! No es enfermo. Es un caballero muy ocurrente que ha tenido el capricho de que cuatro mozos de la Aduana le paseen acostado en el catre, en la forma que está usted viendo.

—¡Guasón!...



En estos últimos años los bailes han aumentado de un modo asombroso. Los hay en los Casinos, en el teatro del Liceo, en el del Hospital, en el salón Oriental, en el Artístico, en los Jardines de Bretón y en la Raqueta.

Cada uno de ellos tiene su estilo propio. En los que se celebran en el teatro del Liceo la desanimación es mayor cada año. En cambio los Casinos, excepción hecha del de Salamanca, están llenos hasta los topes en las noches de Carnaval. En ellos reina bastante confianza... demasiada confianza.

En el Casino de la calle de Zamora, el único baile que suele celebrarse allá por las vísperas de Piñata, tiene un carácter joco-sério que no se aviene ni con la índole de aquella sociedad ni menos con las costumbres de la población. Los fraques se mezclan con las marineras, los trajes

de alta sociedad con modestos vestidos de paseo y hasta *de andar por casa*. Las conversaciones, saludos y hasta la manera de bailar, están en la misma armonía que los atavíos de los concurrentes. Aquello no es ni salsa ni pescado, ni merced ni señoría, *ni chicha ni limoná*.

En los bailes del Hospital, Oriental y Salón Artístico se dá cita lo más escogido de la *higili*. Allí también hay pollo

«que cuando bailando vá  
enseña la camisa por detrás.»

Estas agradables soirées suelen terminar á garrotazos, bofetadas, puñaladas y hasta á tiros.

Lo bueno que hay es que, las heridas que reciben algunos desgraciados, resulta luego que se han hecho ellas solas.

Por lo menos así lo declaran los Tribunales.

\*  
\* \*

Como en época no muy lejana se pasaba agradablemente la noche, era asistiendo á las reuniones íntimas que se verificaban en una casa de la Cuesta de la Rata.

La subida al *salón* se efectuaba por medio de una escalera de mano. Cuando ya no cabía más gente, se quitaba la escalera; como si dijéramos, se quemaban las naves.

En una alcoba que servía de ambigú, había sobre un montón de paja una mesa con vasos,

copas, botellas y rosquillas. Cuando se armaba jarana, y esto acontecía á cada dos por tres, el escándalo llegaba al *summum* de lo indescrip-tible. Relucían navajas, chillaban las *señoras*, bociferaban los caballeros, y en medio de todo aquel *totum revolotum*, se oían y se veían unas cosas!...

En tanto el hombre del ambigú para pre-servar su comercio de las posibles contingen-cias, ladeaba la mesa, dejaba caer sobre la paja copas, vasos, botellas y rosquillas, y agachado bajo el improvisado templete, esperaba con tranquilidad estóica que se disipara la tormen-ta. Cuando se restablecía el orden, salía el aga-zapado de su escondite y el baile continuaba como una balsa de aceite... de anís.

Por la mañana, los que podían, que eran pocos, bajaban por su pié. A los *hébridos*, como los llamaba el empresario del baile, los descol-gaban con auxilio de cuerdas.

A la noche siguiente se reanudaba la fiesta con todo su esplendor.



En las primeras horas del miércoles el Car-naval espira sobre las losas de la calle entre las últimas convulsiones del *delirium tremens*. Sus funerales se celebran en el pueblecillo que sirvió de pátria al Lazarillo del Tórmes.

Allí, ó en las alamedas de la Huerta de Otea, los adoradores de la deidad carnavalesca hacen en su honor infinitas libaciones.

Cuando empiezan á caer del cielo las primeras sombras de la noche, emprenden la vuelta á la ciudad los que han formado el cortejo fúnebre de la tradicional sardina.

La multitud, como un ejército en derrota, invade la carretera de Tejares. Cuelgan las botas flácidas y vacías del extremo de palos llevados á modo de fusil; aquí un beodo cae rodando en la cuneta del camino; otro dá traspiés, guardando el equilibrio como si anduviera por una cuerda floja; las comparsas con las guitarras destempladas, ajados los disfraces y manchados y desgarrados los estandartes, marchan hácia la ciudad entre nubes de polvo; hombres á caballo, y ómnibus cargados de gente como de miés los carros de labranza, avanzan á la carrera, haciendo separarse violentamente á los ejércitos de á pié.

Toda aquella masa de carne se engarganta entre los pretilos del puente, desparramándose al desembocar en las Tenerías, como el agua al salir de la regadera. Por encima de aquel montón de personas se oye sonar en revuelta confusión los cascabeles de los caballos, el rechinar de los coches, las canciones vinosas y desvergonzadas de los borrachos, el *rum-rum* de las enronquecidas guitarras, también ébrias, los



gritos de los mayores y los chasquidos de los látigos.

Queda despues solitario el puente: sus luces tiemblan dentro de los cristales de los faroles, rodeados de una aureola cenicienta de polvo menudísimo... El rio en tanto murmura quejumbroso al precipitarse por entre las rompientes de las aceñas.



# La Merenguera



---

## IV

### LA MERENGUERA

**E**L que haya vivido en Salamanca durante los meses de verano, por fuerza habrá echado de ver la tristeza de esas tardes de estío en que el sol cae á plomo sobre la ciudad.

Las calles están solitarias; alguno que otro trabajador duerme tendido á la larga en las losas de las aceras, con el sombrero sobre la cara. Caen las cortinas á lo largo de los balcones, sin que un suspiro de viento les imprima la más lijera oscilación. Los viejos edificios parecen rostros tostados por el sol; las plazas, lagos de luz, tan intensa, que obliga á cerrar los ojos al atrevido transeunte que tiene el valor de atravesarlas. De los portales, entreabiertos, no sale el más leve ruido. Diríase que la ciudad con sus calles, sus templos, sus paseos, duerme la siesta con el sopor propio de las tardes caniculares.

En esas horas de calor y calma se oyen ruidos que, ó no suenan en el resto del año, ó no se para en ellos la atención, tales como el rechinar de la garrucha del pozo del jardín vecino, el zumbido de la carcoma en las maderas de los balcones, el tin-tin largo y monótono del calderero, que se aleja lentamente por la calle solitaria.

Sobre todos estos rumores, elévase de cuando en cuando, una voz vibrante, aguda, chillona que, con extraña melodía, lanza al aire esta cantinela, que hace saltar de gozo á los niños de Salamanca:

¡Merengues y rosquillas á cuar...to!...



¿Quién no conoce á Romana *la Merenguera*?

En el teatro, en paseo, en la calle; allí donde por cualquier motivo hay aglomeración de personas, allí aparece Romana con su enorme cesta colgada del brazo, cargada de rosquillas, de mantecadas, de bizcochos de canela, sabrosos y dulces como ellos solos.

Para *la Merenguera* no hay domingos ni fiestas, todos los días son de trabajo. Esclava de su ruda é interminable faena, no descansa un momento. Desde el Arrabal á la Glorieta, desde el Campo de San Francisco hasta el camino

de la Estación, recorre Romana calles y plazas pregonando con su inolvidable sonsonete sus dulces mercancías.

Afirmo, sin temor á equivocarme, que nadie hay en Salamanca que trabaje tanto como ella. Si aquí abajo cada cual tuviese la merecida recompensa, *la Merenguera* pasearía en coche.

Si yo fuese aficionado á las estadísticas, diría que de las manos de Romana han salido más de dos millones de merengues; puestos en fila ocuparían una línea de trescientos kilómetros de longitud. Con ellos podría rellenarse toda la torre del Clavel y aun sobrarían algunos para llenar rás con rás la fuente de la Plaza.

Los dulces que vende *la Merenguera* no tienen rival en ninguna confitería. Los bizcochos de canela parecen amasados con nectar; los merengues con ambrosía; unos y otros recientes, jugosos, exquisitos...



Aunque gana mucho, su traje es siempre el mismo, limpiísimo y modesto: falda de percal, pañuelo encarnado sobre los hombros y de seda en la cabeza. Cuando llueve, pone su cesta bajo la protección de un enorme paraguas.

El único lujo de *la Merenguera* está en los pendientes, que son grandes, pesados y con diamantes.

De las utilidades de su comercio, ella es la que menos disfruta. Ver gozar á los suyos, ese es su mayor placer.



Romana es soltera. Nadie le ha conocido novios. Ha pasado por el mundo entre *dulces* sin conocer las *dulzuras* del amor.

Su única compañía ha sido su cesta. Toda su gracia la ha empleado en sus merengues y bizcochos. Por eso, sin duda, tienen estos tanta *canela*.

Cuando después de recorrer durante días enteros las calles de la ciudad, ya bajo el sol abrasador del mes de Julio, ya envuelta por las frías nieblas de Diciembre, regresa á su casa jadeante ó tiritando, su mayor placer consiste en contemplar su cesta sin una sola migaja. Entonces dice como Tito: *no he perdido el día*, y se duerme sin duelos ni pesares, hasta que empiezan á asomar por el oriente los primeros resplandores de la mañana.

Al verla pasar exclaman las gentes: ¡qué mujer tan trabajadora!; los hombres la miran con respeto, y los chiquillos corren hácia ella como las moscas al almíbar.

Más de un diablillo encantador conozco yo, que en cuanto oye la voz de Romana, alborota la casa y pone en conmoción á toda la familia



por culpas de la pícara *Merenguera*, que todos los días y á la misma hora se para en la esquina más próxima á lanzar á voz en cuello sus gritos subversivos: ¡Merengues y rosquillas... recientitos los traigo!

Aquel acto de sedición doméstica pone fuera de sí á las mamás económicas. Mas no se corrije ni se enmienda *la Merenguera*, á pesar del tono regañón con que la madre del parroquiano ó parroquiana le paga los merengues con que el susodicho diablejo se regala el paladar y se pinta blancos bigotes, todo al mismo tiempo.

Al otro día, ya se sabe, la misma canción:  
¡Que ha venido *la Merenguera*!



Por espacio de más de veinte años todos los chiquillos de la localidad han tenido con Romana relaciones mercantiles. Las gramáticas latinas, las geografías, las matemáticas, que por arte de Severo, se han convertido en merengues y bizcochos, podrían formar una numerosa biblioteca.

Y á propósito de Severo.

De seguro que todos mis compañeros de armas y fatigas recuerdan al apreciable industrial, que en la Lonja de la Cárcel, á la puerta del edificio en que hoy está instalada la Audiencia de lo Criminal, se dedicaba á la compra y venta de

libros viejos. A él llegábamos con el volúmen destinado al sacrificio en las temblorosas manos, un tanto avergonzados por el acto irregular y pecaminoso que íbamos á cometer.

—¿Cuánto?—preguntaba Severo, mirándonos con ojos escudriñadores.

—Lo que V. quiera—decíamos nosotros, bajando la vista.

Y en efecto, nos daba lo que quería, que era casi siempre la vigésima parte del valor del libro.

De aquellas operaciones comerciales formarán idea mis lectores cuando les diga que por un Diccionario de Valbuena, recién sacado de la librería, dió el bueno de Severo al que escribe estas líneas la enorme cantidad de ¡seis reales!

Aquella suma se gastó alegremente en torno de la cesta de Romana.

Fué la única vez que me pareció dulce la lengua del *Latium*.



Hay un sitio en Salamanca que tiene grandes atractivos para los amantes. Este lugar, fresco por extremo y apenas alumbrado, es el Campo de San Francisco. En las noches de verano se entrevén bajo las ramas de acacia que protejen los asientos, parejas de enamorados,

que más prudentes que las mariposas, huyen obstinadamente de la luz.

No es difícil oír algunas veces *rumor de besos y batir de alas*.

¿Qué sucede?

¡Merengues y rosquillas de canela; que ha venido la *Merenguera!* suele decir Romana, poniendo con su voz chillona epigramático comentario á aquellos idilios nocturnos.

\*  
\* \*

A pesar de esto, no te guardo rencor simpática *Merenguera*. ¡Quiera Dios que durante mucho tiempo tu voz infatigable alegre las calles de Salamanca! ¡Quiera Dios que los niños de mañana, como los de hoy y los de ayer, acudan á tí, semejantes á bandadas de palomas! ¡Quiera Dios derramar sobre tu cabeza tantos bienes como merengues y bizcochos has vendido!

Y oye... Te diré una cosa. ¡Jamás las yemas de la Dulce Alianza, ni los bombones de La Pajarita, ni los caramelos de la Mahonesa; me han sabido tan dulces, tan ricos, tan exquisitos como los merengues que te compraba cuando niño!



# El Cristo de los Milagros



---

## V

### EL CRISTO DE LOS MILAGROS

**E**NNEGRECIDO por el tiempo, clavados piés y manos en enorme cruz, demacrado el cuerpo y macerada la piel, que en el pecho parece surcada por prodigioso número de costillas, inclinada la mustia cabeza y entre abiertos los lábios; con corona de espinas sobre las sienes y larga cabellera de mujer sobre los hombros; con la expresión de la suprema agonía en el semblante y cubierta la cintura por abigarrado faldellín; imagen tosca, pero veneranda, obra de autor anónimo como nuestros antiguos cancioneros, sin artificio, como los poemas del siglo XII, revosando de piedad como las leyendas de santos, el Cristo de Santana es rudo como el arte que le dió vida; tosco y milagroso, bárbaro y sublime. Los incrédulos se conmueven al mirarle; los pecadores lloran á sus piés; en su altar los niños

depositan flores. Su fiesta es en la primavera.

Allá en los revueltos tiempos en que nuestros antepasados agrandaban á botes de lanza la tierra de Castilla, arrancándola pedazo á pedazo de las manos de los árabes y berberiscos, las mujeres salmantinas, sin distinción de clases ni categorías sociales, acudían diariamente á postrarse á las plantas del milagroso Cristo, y allí, con lágrimas en los ojos y sollozos en la garganta, le pedían que diese la victoria á los guerreros de la Cruz. Los que regresaban á sus hogares, si vencedores, depositaban los estandartes cogidos á los moros á los piés de la imagen: si vencidos, buscaban ante el ara santa nuevos bríos y renaciente fortaleza... Solía acontecer que muchos combatientes no volvían... Entonces las viudas, las madres y los huérfanos, se postraban ante el crucificado en demanda de consuelo, lo que no impedía que orasen al mismo tiempo por la pátria.

Como no faltaba la fé, tampoco faltaban los milagros; y como Castilla se iba ensanchando y los moros retrocediendo, aquellas generaciones devotas y valientes atribuían al Cristo sus victorias, y Cristo de los Milagros le llamaron y Cristo de los Milagros siguen y seguirán llamándole por mucho tiempo las gentes presentes y venideras.



A veces Dios parece olvidado de los campos. Entonces la lluvia, que es la bendición del Señor, no baja del cielo á fecundar los surcos sedientos y endurecidos por la sequía.

El ánimo más indiferente se entristece al ver pardear las tierras de labranza, cuyas grietas polvorientas parecen otras tantas bocas que piden un poco de agua por amor de Dios.

Se asiste entonces á la lucha tremenda de la simiente contra el terruño: el grano fecundo empuja la tierra, quiere brotar, quiere luz y aire, quiere romper aquella corteza que le sujeta y le ahoga...

¡Inútil empeño!...

La cárcel es cada vez más dura. Ella, por su parte, quisiera dar la vida á aquél sér que brota y se agita en sus entrañas. Espera que la lluvia la esponje. Siente el deseo ardiente de la maternidad... Ve pasar las nubes y las nubes huyen, y arroja al cielo puñados de polvo!...

¡Cuántas veces el pensamiento, semilla divina, quiere brotar, hacerse verbo, y lucha allá en las ignoradas profundidades del cerebro, pretendiendo en vano abrirse paso á través de las rejas de nervios de su prisión!...

¡El campo sin lluvia!...

Los surcos blanquecinos, sin matas ni siquiera abrojos los linderos. En las praderas escuálido el buey buscando las secas raíces de la yerba de la última estación; la oveja balando

tristemente en el aprisco; el labrador en holganza forzosa, viendo consumarse su ruina debajo de un cielo sin mancha.

Las alondras no cantan: tienen secas sus diminutas fauces.

Un día cúbrese de celajes el espacio. El viento duerme, sin duda, encadenado tras los lejanos montes. Caen de las nubes grandes gotas de agua, que ruedan hechas barro por entre el polvo de los senderos. El penetrante aroma de la tierra mojada se esparce por la atmósfera y sube á lo alto: es el incienso en acción de gracias que la tierra eleva hasta su Dios.

La lluvia descende al fin copiosa; la tierra bebe con ánsia aquel licor de vida. Negrean los campos, empápanse los surcos, sonríese gozoso el labrador, y cuando la nube pasa, canta la alondra en la orilla de la charca, formada por el aguacero al borde del camino.

Al cabo de algunos días, verdea la campiña, gorjean las aves, pastan tranquilos bueyes y ovejas en los prados, y cúbreñse de flores silvestres los linderos...

Los labradores de Salamanca atribuyen aquel milagro al Cristo, á quien acaban de pasear en señal de rogativa, y dicen como San Juan de la Cruz:

«Mil dones derramando

Pasó por estos campos con premura...»

Yo no podré decir qué haya de cierto en lo

del milagro; lo que sí puedo asegurar es que mieses, prados, yerbas y flores

«¡Un no sé qué se quedan balbuciendo!»

\*  
\* \*

Cuando una calamidad cualquiera, hambre, sequía ó peste pesan sobre la ciudad, el Cristo de los Milagros es procesionalmente paseado por las calles.

Todos los años es llevada la imagen desde su capilla hasta la iglesia de Sancti-Spíritus, en la cual se hace, en honor de aquella, novenario y fiesta, que costean los hermanos de la cofradía del Cristo de Santana.

La procesión, que se verifica en el mes de Mayo, es la más solemne de cuantas se celebran en la histórica ciudad.

Esto me lleva como por la mano, á hablar de las procesiones salmantinas.

\*  
\* \*

Ni por el fervor de los fieles, ni por la pompa religiosa se distinguen dichas ceremonias.

La procesión del Córpus es una especie de carrera de santos, ni más ni menos que las de velocípedos.

Parece que los hombres que llevan las andas tienen deseo de sacudir la carga que pesa

sobre sus hombros, segun el *trote* que dán á las imágenes.

Es cosa de ver aquellas piadosas esculturas recorriendo á paso de carga plazas y calles, tambaleándose á derecha é izquierda, adelante y atrás, como funámbulos en la maroma floja. Así es que suceden cosas inauditas.

Una vez *se desbocó* el caballo de Santiago, y fué á estrellarse contra una esquina, con grave detrimento del ginete, quien dejó sembrado el suelo de collares, hilos, cruces, cadenas y relicarios, adornos todos, con los que los feligreses de la Puerta del Rio atavían para la solemnidad del *Córpus Christi* la efigie del apóstol.

Como dejo dicho, la procesión es llevada á gran velocidad.

San Justo y Pástor, que *salen* emparejados en las mismas andas, ván dándose de coscorrones; San Martín corre peligro de perder la mitra, y el bueno de San Cristóbal, deja caer, el dia menos pensado, el niño que lleva sobre los hombros en medio de las piedras del arroyo. Detrás de los santos sigue la Basílica, parecida á un enorme miriñaque que anda solo; luego la custodia y el pálio entre dos filas de clérigos, que corren como si fuesen á tomar una trinchera bajo el fuego de las tropas liberales.

Toda aquella *turba multa* de efigiés, acompañantes, acólitos y curas parece que va huyendo de los furiosos trompetazos con que la ban-

da del Hospicio *perpetra* una marcha triunfal con ribetes de schotis íntima.

\*  
\* \*

Con las mismas circunstancias agravantes *se cometela* procesión del Viernes Santo.

Suena una trompeta *cósmica* (me refiero al inolvidable Cosme.)

¡Ya están ahí!... Y en efecto, allá ván todo el Monte Olivete en andas y volandas; la escena de los azotes, Jesús Rescatado... y no sé si las once mil vírgenes y los innumerables mártires de Zaragoza.

—*Miserere mei Domine, secundum magnam misericordiam tuam*, canta con voz de gola el tenor Bolaños; responden dos martillazos, suenan los regatones de las horquillas— «Ande el paso hermanos,» y se pone en marcha el famoso de San Julián con Jesús vestido de terciopelo (¡!), *Boca Ratonera* y *C... colorado*, envueltos entre la humareda que se escapa de cuatro grandes pebeteros.

Detrás van los nazarenos con la corona de espinas caída con gracia sobre la oreja y la cruz al hombro, no como cruz, sino como fusíl. Después un Cristo que, según los impíos, dice no sé qué cosas á una Magdalena de pelo rubio, que le contesta no sé que otras; después el entierro de Jesús; después la Dolorosa.

\*  
\* \*

Nada más patético y conmovedor que esta imagen. No son necesarias las siete espadas que lleva clavadas en el pecho, para que pueda comprender el pueblo el dolor inmenso de aquella madre desolada.

A la vista de la Dolorosa se reconstruye el drama del Calvario: tanto es el poder del arte.

Es imposible, á no tener el corazón de peña, contemplar aquella escultura sublime derribada al pié de la cruz, fijos los ojos, velados por las lágrimas, en el azul del cielo, y con los labios contraídos por un dolor infinito, sin caer de rodillas, y llorar, y golpearse el pecho, y decir con convicción profunda: ¡Bendita tu eres, Santa Madre de Dios!...

Como obra de arte la Dolorosa es acaso una de las esculturas mejor sentidas de cuantas enriquecen las iglesias de Salamanca. Lástima que las manos resulten en posición afectadísima, tanto la que se apoya en el pecho como la que descansa sobre un peñasco. Especialmente la primera, recuerda el ademán amanerado de una cantante de zarzuela en el momento de atacar una nota difícil.

Un detalle característico: tal vez el sello del genio del escultor, Felipe del Corral, era parte de la pierna de la efigie, descubierta por el abandono de la caída al pié del sagrado leño.

Un obispo, más piadoso que artista, mutiló la obra del génio.

No llamaba Dios á Su Ilustrísima por el camino del arte.



Tampoco se me ocurre un elogio para las procesiones organizadas por los Jesuitas.

La del Amor Hermoso es de lo más cursi y teatral, entre lo mucho teatral y cursi en que, por desgracia, abunda el género.

Los niños disfrazados de Cardenales en lactancia, la mogiganga de las niñas, los caballeres de pelo rizado y cinta azul celeste, la caterva de seminaristas anémicos, que hacen de comparsas, los maestros de ceremonias, ó lo que sean, que van y vienen por entre las filas... todo aquello es tan postizo, tan falso, que en vez de despertar en el ánimo ideas elevadas y religiosas, solo burlas inspira.

Entre la verdadera pompa cristiana y la mascarada jesuita, existe la misma diferencia que entre una catedral gótica y un ramillete de confitería.



¡Qué diferente la procesión del Cristo de Santana!

La noche, las luces de los faroles, el flamear de los cirios, los niños con sus trajes de fiesta, la marcha lenta y acompasada de la procesión... y luego el Cristo avanzado majestuosamente

mente bajo lluvia de flores, por entre una multitud arrodillada, hacen experimentar á todos los corazones el sentimiento de lo sublime.

Parece que flota sobre la efigie una aureola de fé, un ambiente misterioso de plegarias.

¡Oh, sí!, allí está la religión de nuestros padres, aquella figura acardenalada y macilenta que hace inclinar todas las frentes, es Dios que pasa.



Durante la mayor parte del año, el Cristo de Santana permanece en una modesta capilla no lejos de la iglesia de Sancti-Spíritus. Aquella *es su casa*.

El pueblo no le echa en olvido. La madre que ve agonizar á su hijo allí acude á pedir vida; el hombre calumniado honra, los enfermos salud, los huérfanos, los pobres, los amigos de Dios, consuelo...

Todos piden y todos alcanzan.

También el incrédulo, guiado por la superstición, heredera obligada de la fé, suele arrodillarse furtivamente delante de la reja de la capilla del Cristo.

Mas ¡ay! la fé, como ha dicho un gran pensador, es una virginidad: una vez perdida, imposible recobrarla.

¡Este milagro no puede hacerlo ni el Cristo de los Milagros!



# La noche de la revolución



---

## VI

### LA NOCHE DE LA REVOLUCIÓN

**L**A primera vez que tuve ocasión de formarme idea de lo que era un Gobernador de provincia, fué en un día del verano de 1868.

Juraban su bandera los *Guardias rurales*, institución que al muy poco tiempo había de ser mirada por los pueblos con rencorosa ojeriza. Contemplaba la ceremonia escaso público, compuesto en su mayor parte de chiquillos, aficionados, como todos los muchachos españoles, á los espectáculos militares.

Entre aquella chiquillería me encontraba yo, muy satisfecho de ser espectador de escena tan solemne.

En medio de los Guardias, un hombrecillo vestido de negro, con fajín verdoso y un bastón de borlas en la mano, accionaba con viveza, como si estuviese dando órdenes.

El hombre del bastón y del fajín era, como habrán supuesto mis lectores, el Gobernador de Salamanca.

Confundiendo yo entonces el signo con la cosa significada, atribuía la facultad gobernante á aquellos detalles de indumentaria. La experiencia me ha enseñado despues que abundan más de lo que fuera necesario los Gobernadores de provincia que no tienen otras prendas de gobierno que las prendas de vestir.

En esto, como en otras muchas cosas, el hábito hace al monje.

Era el Sr. Nasarre—del nombre no me acuerdo—por extremo delgado y de edad más que madura. Su semblante era poco agradable, y usaba lentes.

Terminada la jura de la bandera, ni yo me volví á acordar del Sr. Nasarre, ni de seguro me acordaría ahora, á no ser por los acontecimientos políticos que más tarde se verificaron.

Ocurre á menudo que sucesos, personas y fechas, parecen como borradas de la memoria; pero basta un acontecimiento cualquiera para que, aquello que creíamos perdido de todo punto y olvidado, aparezca de repente bañado en luz clarísima. Y es que nada de lo que existe se aniquila; ni el grano de polvo en el Universo, ni el recuerdo en nuestra mente.

Las revoluciones como las tempestades van siempre precedidas de ciertos anuncios vagos, poco determinados, que se sienten más bien que se explican, semejantes á los primeros síntomas con que las enfermedades se anuncian en el cuerpo humano.

En Salamanca estos síntomas eran bastante dolorosos.

D. Tomás Rodríguez Pinilla, expatriado; oculto D. Alvaro Gil, presos ó perseguidos los más caracterizados liberales y con el alma en un hilo, esperando de un momento á otro ser víctimas de órdenes draconianas, todos los hombres políticos un tanto significados en el partido progresista.

La policía, más insolente que de costumbre, con ser siempre en España insolente por todo extremo y mal educada por contera, avivaba con sus desafueros é imprudencias el ódio que la mayoría de las gentes abrigaba contra el desatentado y torpe gobierno que regía las riendas de la nación, último de los que obtuvieron la confianza de Doña Isabel II.

Prototipo del polizone moderado era *Garnica*, furioso perseguidor de verduleras y coco de las criadas de servicio, á las cuales sacrificaba á multas aquél tiranuelo de plazuela.

Era el tal *Garnica* antipático sobre toda ponderación, de semblante repulsivo, de maneras violentas y desaforadas y lenguaje soez y

grotescamente autoritario. Nadie le podía ver ni escrito, y si las maldiciones tuviesen el poder de dañar á las personas á quienes van dirigidas, aquel odioso polizonte hubiera perecido pulverizado por el cúmulo de las que el público lanzaba á todas horas contra él.

Yo también le tenía *tirria*. He aquí la causa de mi rencor:

El día de Corpus del año 1868, al regresar, después de la procesión, el Ayuntamiento, de la Catedral; *Garnica*, que venía delante de la ilustre Corporación, abriendo paso, me echó á un lado, tan violentamente, que me hizo chocar contra la pared de la casa de Oliva.

Desde aquel día fui enemigo encarnizado del polizonte.

Participaban del odio popular varias autoridades, cuyos nombres omito por razones fáciles de comprender. Diré, sin embargo, rindiendo culto á la verdad, que muchas de estas antipatías eran inmotivadas, y que gran parte de los actos que despues he oido censurar estaban inspirados en elevados sentimientos de justicia. ¡Triste cosa que la severidad y entereza de caracter, sean odiosas á las muchedumbres!

Aumentaba en alto grado el malestar de la población la carestía de aquel año, tan grande, que las clases menesterosas se vieron muchos

días privadas de pan. Sabido es que el hambre es mala consejera.



En la tarde del día 29 de Septiembre salíamos del Instituto á las cuatro y media, de la clase de tercer año de Latín y Retórica y Poética, los alumnos todos que gemíamos por aquella fecha bajo la férula de D. Benito María Escalada.

Llovía si Dios tenía agua.

Con los capotes sobre la cabeza y los libros debajo del brazo, corríamos que nos las pelábamos por la calle de Libreros, como bandada de pájaros escapados de la jaula.

Al llegar al punto en que la citada calle desemboca en la plazuela de San Isidro, el aguacero era tan fuerte, que yo tuve que refugiarme en un portal. Desde dos balcones próximos hablaban con grandes aspavientos dos mujeres del pueblo.

«Allá por Andalucía *andaba la guerra*; en Madrid había revolución, y en Béjar se estaban matando rurales y paisanos.»

Tales fueron las primeras noticias que llegaron á mis oídos de los sucesos revolucionarios de Septiembre.

Confieso que me alegró lo que acababa de oír. Tiros, guerra, revolución, desorden, solda-

dos que atacaban, ciudades que se defendían. ¡Oh! todo aquello me parecía muy bonito.

Cuando llegué á mi casa, los criados hablaban con gran misterio de revueltas y motines. Decían que los Guardías rurales y otras tropas, mandadas por Brigadier Nanneti, estaban peleando furiosamente con los bejaranos; habían muerto ya muchos y se contaban por centenares los heridos.

Todas estas noticias eran de buen origen.

Como que se las había oído la cocinera á las verduleras del mercado... Dos días antes había yo visto pasar por debajo de mis balcones unas cuantas compañías de Guardías rurales.

Todos ellos eran buenos mozos y de marcial aspecto. Su uniforme era parecido al que usa actualmente la remonta de caballería: chaqueta y calzón de paño color de ceniza y vivos encarnados, polainas de cuero y ancho sombrero de fieltro con roja escarapela.

¡Aquellas tropas odiadas por los atropellos que se les atribuían, estaban destinadas á cubrirse de oprobio delante de los muros de Béjar y á ser disueltas sin honor al cabo de pocos días!



Cerró la noche y el aguacero continuaba.  
En la Plaza Mayor, á la luz de un farolillo,



según contó en mi casa no sé quién, buen número de hombres leía un parte firmado por el Gobernador, en el cual parte, se hablaba de revolucionarios castigados, de motines dominados fácilmente, de sublevados vencidos y de orden inmejorable.

¡Supercherías de los Gobiernos tantas veces repetidas!

El parte terminaba con un llamamiento á la sensatez y cordura de los salmantinos.

A aquella misma hora las tropas de Novaliches huían derrotadas; la Reina se disponía á escapar de Zaráuz, y el grito de *¡Abajo los Borbones!* retumbaba en todos los ámbitos de la Península.



En Salamanca hubiera pasado sin desórdenes la noche, á no ser por la imprudencia de un telegrafista, al cual le faltó tiempo para hacer públicas las noticias de Alcolea, y por consiguiente el triunfo completo de la revolución.

Las palabras del indiscreto empleado corrieron como un relámpago.

Inmediatamente lanzóse á la calle el populacho, armado de escopetas, fusiles y de todas las armas que pudo arrebatarse en las tiendas de los armeros ó en las casas particulares.

Así dió principio el alboroto.



Hizo la señal de alarma la campana del reloj del Ayuntamiento.

Aquel vibrante tañido, sonando sin tregua, puso en conmoción á todo el vecindario. Nada más apremiante que aquella campana: excita, empuja, conmueve. Parece que grita como el poeta: *acude, corre, vuela*. Se recuerda al oír-la, la antigua campana del Concejo que convocaba para la lucha á los comuneros castellanos; se asemeja al toque de somatén que arma al pueblo y estremece al faccioso, ó á aquel otro campaneo de rebato que tan célebre se hizo en las guerras de la Vendée.

Aquella noche el toque del reloj fué como la orden oficial del levantamiento salmantino.

Al clamor continuado de la campana municipal, contestaron bien pronto *vivas* desaforados y detonaciones de fusil.

Yo escuchaba todos aquellos gritos, campanadas y disparos, con emoción para mí hasta entonces desconocida. Lejos sonaba confuso griterío. Supe después que los sublevados se habían dirigido al cuartel de Carabineros, fraternizando con ellos y apoderándose de algunas armas. Desde allí fueron al alojamiento de los guardias, arrebatándoles las carabinas. Tengo también idea de que en los primeros momentos se formó una Junta revolucionaria que no pudo ó no supo contener el desenfreno del populacho.

Como dejo dicho, yo escuchaba extrañamente emocionado todos aquellos ruidos. Burlando la vigilancia de mis padres, procuraba atisbar por balcones y ventanas lo que en la vía pública sucedía.

De repente apareció allá, en el fondo de la calle de la Rúa, envuelto entre sombras, un grupo compacto y numeroso. Era una multitud que gritaba desaforadamente: ¡Abajo los Borbones! ¡Viva la libertad,! disparando al mismo tiempo sus fusiles.

En aquel momento rompió á sonar la música.

Jamás se borrará de mi memoria la sacudida que experimentaron mis nervios cuando estallaron en medio de la noche, los patrióticos sonos del *Himno de Riego*.

¡El *Himno de Riego*!

Aquellas notas, menos solemnes que las de *La Marsellesa*, menos majestuosas que las de la *Marcha Real*, entusiasmadoras, bullangueras, canto de victoria más bien que de combate, conmovieron las fibras todas de mi corazón, hablándome de algo grande y hermoso que yo entonces no acertaba á explicarme.

Arrastrado por aquella corriente de entusiasmo, de buena gana me hubiera asomado al balcón y hubiera gritado yo también ¡Viva la libertad! ¡Abajo los Borbones!, como gritaban aquellas turbas iluminadas siniestramente, como

á la luz de los relámpagos, por los rojizos fogonazos de sus estruendosos fusiles.

He de confesar que en aquellos momentos me asaltó un pensamiento egoísta. ¡Al día siguiente no habría clase! Y me acordé de las largas horas de cátedra, de las horribles lecciones de Latín, de los *chiqueros*, de los *ejecutores de la justicia*, vulgo bedeles, y de D. Benito Escalada, símbolo para mí, entonces, de la más terrible opresión y de la más fiera tiranía.

—¡Oh, si mis condiscípulos pensasen como yo y tuviesen sangre en las venas, decía para mis adentros, lleno de ardor bélico, se echarían conmigo á la calle y penetrarían tras de mí en el Instituto, gritando: ¡Abajo Escalada! ¡Muera el Latín! ¡Viva la libertad... de no ir á cátedra!



En tanto, varios grupos, guiados engañosamente por unos cuantos bandidos, se entregaban á lamentables excesos.

La tienda del librero Vazquez fué invadida y quemados todos sus enseres. También fueron asaltadas las casas de D. Tomás Sánchez Ventura y Marqués del Vado, las habitaciones del Gobernador civil y la vivienda de Doña Petra Cornejo.

¡Triste condición la de los pueblos, cuyos

hechos más gloriosos han de verse manchados por las pasiones más viles!



En la calle de la Rúa se cometió un crimen, cuyo autor ó cuyos autores no han sido jamás descubiertos. La víctima fué un agente de policía, completamente inofensivo. El infeliz cayó herido traidoramente por la espalda.

El asesino se libró de la justicia humana, pero su conciencia habrá hecho, ó quizás esté haciendo todavía, las veces de verdugo.



A medida que la noche avanzaba el desorden iba en aumento. Algunos pedían á grito pelado el saqueo. El vecindario sensato temblaba, aterrado por aquellos gritos. El de ¡Mueran *Garnica!* sonaba mezclado con el de ¡Abajo Isabel II!...

El odio popular envolvía en el mismo anatema á la reina y al *guindilla*. ¡Severa enseñanza para los grandes de la tierra!



En medio del desorden hubo actos generosos, que prueban cómo rara vez dejan de existir

en el corazón de las muchedumbres, los sentimientos más nobles y humanitarios.

Según queda dicho más arriba, las turbas invadieron el Colegio Viejo, residencia del Gobernador civil.

No sé si con justicia, pero es lo cierto, que el Sr. Nasarre era cordialmente odiado por la gente revolucionaria.

Las prisiones llevadas á cabo por aquellos días, la suspicacia inquisitorial propia de los gobiernos débiles, y las exageraciones con que siempre abulta los hechos la fantasía popular, justificaban en cierto modo la antipatía con que era mirado en Salamanca el Sr. Nasarre.

Cierto que él no era mas que el instrumento, casi irresponsable, de un gobierno ciego y desatinado. Pero el pueblo es una fiera que suele revolverse más bien contra el látigo que contra el que lo maneja.

He visto muchas veces quemar las casetas de consumos.

La multitud, como iba diciendo, animosa de haber á las manos al infortunado Nasarre, penetró en el Gobierno civil, rompiendo puertas, destrozando muebles y desgarrando cortinajes. El Gobernador, temiendo con motivo, ser víctima del furor popular, trató de esconderse. Huir era imposible: todas las puertas estaban tomadas por los asaltantes.

Un rasgo ingenioso y atrevido de una sir-

viente, salvó á Nasarre de una muerte desastrosa. La valiente mujer hizo que su amo se tendiese entre los colchones de una cama, y ella echóse sobre el lecho con un niño del Gobernador en los brazos.

Durante toda esta escena, más pronto llevada á cabo que descrita, los revolucionarios intentaban romper á culatazos la puerta de la alcoba. Al fin saltó aquella hecha pedazos, y la multitud, blandiendo sus armas y lanzando amenazadores gritos, se precipitó furiosa en el dormitorio.

La turba colérica se detuvo como asombrada. Unos á otros se miraron aquellos hombres, que un momento antes estaban dispuestos á cometer un crimen, y avergonzados y confusos salieron en silencio de la habitación.

La vista de un niño dormido en los brazos de una mujer los había desarmado.



Pocos sucesos han tenido tanta resonancia en la ciudad del Tórmes como el asalto y saqueo de la casa de Doña Petra Cornejo.

El pretexto para este acto de bandidaje fué el siguiente:

En los meses anteriores al de Septiembre, la miseria fué espantosa en Salamanca. Las clases

pobres se morían de hambre y el trigo alcanzaba precio cada vez mayor.

Durante aquellos angustiosos días, la ciudad ofrecía un aspecto lastimoso: las obras paralizadas, las tabernas llenas y la escalerilla del *Ochavo* invadida á todas horas por jornaleros *con capa*.

Persona muy observadora me ha hecho notar lo que indica ese al parecer insignificante detalle. La capa representa para el obrero la holganza forzosa, como la blusa es el emblema del trabajo.

Decía, que en los meses que precedieron á la revolución de Septiembre corrían mil rumores á cual más estupendos. Afirmábase entre otras cosas, que Doña Petra Cornejo tenía el firme propósito de no vender la enorme cantidad de trigo que guardaba en sus paneras, hasta que dicha simiente no llegase al precio de cinco duros la fanega.

Este rumor, cierto ó calumnioso, irritaba los ánimos de la gente hambrienta, quien llegó á suponer que la señora de Cornejo, la *Corneja*, como el vulgo la llamaba, era la única causante de la miseria popular.

En tal estado de excitación los ánimos, llegó la noche del 29 de Septiembre.

Algunos *caudillos* de la plebe sabían que en casa de dicha señora había grandes cantidades en metálico y papel del Estado; y alardeando



de patriotas; pero con la secreta intención de cometer un robo escandaloso, arengaron y sedujeron á unos cuantos ilusos, pintándoles con negros colores la codicia de la *Corneja* y su ódio hácia el pueblo.

No fué menester más.

Una turba desharrapada y frenética, capitaneada por sus malévolos instigadores, se dirigió á la calle de la Estafeta.

Yo la ví pasar como una nube, gritando con voz enronquecida: «A casa de la *Corneja*»...

Rotas á hachazos las puertas exteriores, penetraron en la casa dando alaridos. Muebles de valor, magníficos espejos, obras de mérito, todo cuanto aquellos salteadores encontraron al paso, todo fué vandálicamente destrozado, desahogando de este modo su fúria tan criminal como ridícula.

La dueña de la casa, que había huido por los tejados, vióse por fin en salvo, después de arrostrar innumerables peligros.

En torno de la caja que encerraba las codiciadas riquezas, debió trabarse repugnante y porfiada lucha. Un criado, víctima tal vez de su fidelidad, cayó con la cabeza atravesada por un balazo.

Entonces los foragidos lanzáronse como lobos hambrientos sobre la caja, que resistió al principio tenázmente, á pesar de los golpes con que trataban de forzarla. Tras de ímprobos es-

fuerzos, lograron hacer un agujero. El boquete apenas dejaba penetrar las manos temblorosas de los ladrones, de suerte, que cuando las sacaban cargadas de oro, los bordes de aquel, irregulares y puntiagudos, se cebaban en la carne de los bandidos.

Se me ha asegurado que los picos de la abertura estaban al día siguiente llenos de sangre y trozos de piel.

La caja no pudiendo resistir, se vengaba á su manera.

Imposible calcular la cifra á que llegó la cantidad robada. La voz popular, propensa siempre á la exageración, hizo ascender lo sustraído á cerca de 80.000 duros, suponiendo además, que algunas fortunas actuales traen su origen de aquellos despojos.

Ignoro el grado de exactitud que puedan tener estos rumores. Lo que sí es cierto, que de lo robado, poco ó nada pudo recuperarse.

Como suele acontecer en casos tales, tres ó cuatro miserables, hez de la población, pagaron por todos. La justicia condenó á no sé cuántos años de presidio á aquellos pobres diablos; pero la ciudad en masa, con motivo ó sin él, continuó señalando á una porción de personas, á quienes los tribunales habían respetado, como autores del saqueo.

Veinte años han transcurrido desde aquella noche memorable, y aún el nombre de *corneje-*

ro es el estigma con que se señala á los presuntos ladrones.

No han faltado claras inteligencias que han encontrado disculpa para el hecho que acabo de narrar. Dícese que cierto personaje de reconocido talento y de gran renombre en la provincia, exclamó cuando supo lo acaecido en la noche del 29:

—Era menester que el pueblo tuviese algún desahogo.

¡Inconcebible tolerancia!...

El asalto de la casa de la *Corneja* fué una mancha que deshonoró el primer acto revolucionario llevado á cabo en Salamanca, después de aquel acontecimiento que por antonomasia se llama la *Gloriosa*.

\*  
\* \*

Extraño aspecto ofrecía la ciudad en las primeras horas del día 30. Las ocho eran de la mañana, y las luces del alumbrado público, que no habían sido apagadas por el plomo *farolici-da*, ardían aun dentro de los tubos ahumados. Los revolucionarios, lo mismo que durante la noche, iban de aquí para allá con el fusil al hombro. Ya no gritaban: estaban afónicos á causa de los anteriores alaridos. Hombres del pueblo armados de escopetas ó carabinas, hacían centinela en el Gobierno civil, en la casa

de la *Corneja*, en el Ayuntamiento y en algunos otros sitios públicos. La Plaza Mayor, la de Anaya y los alrededores de la calle de la Estafeta, estaban llenas de gente que comentaba los sucesos acaecidos durante la noche.

De grupo en grupo, como abeja de flor en flor, andaba *Saboya*, el más popular de los borrachos de profesión. El hombre estaba como de costumbre: aquel día la había cogido *patriotera*:

—¡*Saboya* es más liberal que Riego; *Saboya* es más pobre que las ratas, pero no roba. Borracho, bueno!... ¡Ladrón, nunca!...

\*  
\* \*

Aquel mismo día se reunieron en el Teatro del Hospital más de 2.500 personas, quienes después de pronunciar calurosos discursos, eligieron una Junta revolucionaria, compuesta de los señores siguientes:

Presidente, D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Secretario, D. Julián Sánchez Ruano.—Vicepresidente, D. Jacinto Cerezo.—Vocales: don Manuel González Bazo, D. Manuel Clemente Pérez, D. Hipólito González Rey y D. Fernando García.

A esta Junta se debió el restablecimiento del orden, y obra suya fueron también muchas reformas y providencias, dignas del mayor en-

comio, tales como la protección dispensada á las clases trabajadoras, el comienzo de construcciones de importancia y otras muchas medidas que contribuyeron no poco al alivio de la pública miseria.



A los pocos días hizo Pinilla su entrada triunfal en Salamanca. Gran número de particulares y muchas comisiones fueron á esperarle á algunos kilómetros de la capital.

Cuando entró en la población, acompañaban el carruaje en que regresaba el popular revolucionario, multitud de coches y ginetes, que formaban como una escolta de honor.

En el cupé y baca del coche de D. Tomás Pinilla movíanse como energúmenos unos cuantos patriotas. Entre todos descollaba, no por su estatura, sino por sus brincos y contorsiones, un hombrecillo de tan escasa talla, que á no ser por su bigote canoso, hubiera podido tomársele por un muchachuelo de doce á trece años. Aquel conato de hombre se deshacía á saltos y alaridos, disparando sin interrupción un revolver que á él le servía como de fusíl.

Era D. Santos, antiguo trompeta del regimiento de húsares que mandó el general León; relojero sin relojes, cuando los sucesos de que hablo, y más tarde, y por nuestros pecados,

Conserje tremebundo del Instituto de segunda enseñanza.

La entrada de Pinilla en Salamanca fué un verdadero acontecimiento.

La Plaza estaba llena de bote en bote; el aire saturado de clamores y disparos, y adornados de colgaduras los balcones.

Jamás ha presenciado Salamanca tanto entusiasmo como el que reinó aquella mañana del mes de Octubre. D. Tomás R. Pinilla, simbolizaba la revolución, y el pueblo, que necesita de algo determinado que resuma las grandes ideas, saludaba aquel día el progreso, la libertad, la democracia... todos los hermosos ideales revolucionarios, en la persona del hombre que con tanta energía como talento, había sabido predicarlos y defenderlos.

A contar desde aquella fecha, Salamanca ha variado mucho; se ha metamorfoseado por completo. Yacía postrada al borde del camino como la ciudad de la leyenda bíblica. Pasó la revolución, y dijo como Cristo á Lázaro: «*Levántate y anda.*» Y Salamanca rasgó su sudario, rompió en pedazos la losa que gravitaba sobre ella y echó á andar.

La revolución de Septiembre fué para España un renacimiento. Para Salamanca fué más: fué una resurrección.

Yo, sin embargo, experimenté cierto amargo despecho, cuando á los pocos días oí sonar el címbalo de la Universidad que me llamaba á clase.

¿De qué habían servido la revolución, y los disparos, y los vivas y el *Himno de Riego*, si no nos habían emancipado á nosotros, á los estudiantes, del yugo de Escalada y demás tiranos de la infancia?

¡Conque después de todo aquello, era menester seguir estudiando y quemándose las cejas y seguir bajo el poder de Poncio Pilato!...

¡Vaya una libertad. Valiente resultado *habíamos* conseguido con la *Gloriosa!*...

Y aquel día me hice republicano.





# El cantón



---

---

## VII

### EL CANTÓN

**L**A política es una epidemia más contagiosa que el cólera ó la fiebre amarilla. ¡Desgraciada la nación sobre la cual descarga el cielo tan tremendo azote! Entonces todas las energías y actividades de los pueblos son absorbidas por esa planta venenosa, por ese árbol, como el manzanillo, cuya sombra mata. Los hombres miran con desdén todo lo que no es la cosa pública; y el taller, la cátedra, el templo, el hogar, se convierten en semillero de rencores tan violentos como absurdos. Las mujeres tampoco se ven libres de esa influencia maligna, y hasta los muchachos sostienen á pedradas y cachetes la integridad de sus principios.

No hay en esas épocas funestas ciudadano que no esté dispuesto á *derramar hasta la última gota de su sangre* en defensa de sus idea-

les. La única virtud á que se rinde culto es la constancia, ó más bien la testarudéz. Ante la bandera del partido, todo cede: trabajo, familia, amistad, parentesco, agradecimiento, amor.

El que con alguno de estos afectos transige en detrimento de su fanatismo, es un apóstata, un traidor infame. «Odio á muerte al enemigo político, aunque sea nuestro padre.» El buen ciudadano debe estar dispuesto á sacrificar, como el Consul de Roma, á sus propios hijos, ó á coser á puñaladas, como Bruto y Casio, al tirano, aun cuando este tirano sea su protector... En tales épocas abundan los Casios... y los Brutos.



En los días que siguieron á la revolución de Septiembre, la epidemia de que acabo de hablar se enseñoreó de España, difundiéndose con rapidéz pasmosa por todas partes. Empezaron á brotar partidos con la misma abundancia con que brotan los hongos en los prados, después de la lluvia. Hubo políticos de todos los colores, desde el republicano rojo hasta el demagogó blanco. Donde menos se pensaba saltaba una fracción ó un grupo, que luego se reproducía como el pólipo, haciéndose pedazos. Federales, unitarios, carlistas, alfonsinos, moderados, montpensieristas, calamares, cimbríos... todos

discutidores, exaltados, belicosos y provocativos, se denostaban con fúria, se combatían sin tregua y hasta se despedazaban en las calles, animados de un furor inconcebible, hoy que las pasiones políticas están ya, por ventura, poco menos que extinguidas.

El gorro frigio y la boina, empezaban á ser distintivo de los políticos de poco pelo. Las señoras se adornaban con margaritas ó con flores rojas, según que eran carlistas ó *liberalas*. Hasta en las cajas de fósforos dominaba la monomanía política.

Los nombres de Castelar, Manterola, Figueras, Pí y Margall, Cruz Ochoa, Suñer y Capdevila y otros ciento, andaban en lábios de todos. Los discursos pronunciados en las Cortes eran repetidos, discutidos, leídos y comentados á todas horas. La prensa, con sus millares de periódicos, alimentaba aquella fiebre insaciable, más intensa cada vez, dando todos los días noticias de sensación y publicando artículos declamadores é incendiarios. Las revueltas se sucedían sin interrupción: ya eran los revolucionarios de Málaga, que se levantaban en armas contra el gobierno provisional; y Granada y Valencia, que sostenían luchas desesperadas por el triunfo prematuro de la República. Aquí se organizaban los carlistas, allá se formaban partidas republicanas. En Burgos, en el átrio mismo de la Catedral, el Gobernador civil era

bárbaramente asesinado; en oscura callejuela de la Corte, caía al golpe de infames bandidos el heroico general Prim. Una nueva dinastía venía á ocupar el trono vacante por la caída de los Borbones. D. Amadeo de Saboya, á pesar de sus altas prendas de rey y caballero, era objeto de universal rechifla; y como si todo esto no fuese bastante, la guerra civil, sostenida en España por los carlistas y en Cuba por los filibusteros, desangraba á la madre pátria, abandonada en aquellos tristes días por los artilleros, los cuales, cediendo á un mal entendido espíritu de cuerpo, contribuyeron no poco á robustecer el entonces incipiente esfuerzo de las huestes de D. Cárlos.



Salamanca participaba, como no podía menos, de la efervescencia general. Corría peligro la ciudad de verse desgarrada por banderías semejantes á las de Manzanos y Monroyes.

El carlista y el republicano eran los dos partidos más poderosos: los intermedios que luego han aparecido, ó no existían entonces, ó no se atrevían á levantar la cabeza. El antagonismo entre las dos parcialidades era marcadísimo, y de él participaban las mujeres y hasta los niños.

Todo lo que se relacionaba con la política

tenía en aquella época singularísima importancia. La llegada del correo era un verdadero acontecimiento. El público, ávido de noticias, arrebatava de las manos de los ciegos las hojas impresas. Los clubs estaban también á la orden del día: en ellos se discutían las más árduas cuestiones, con un naturalismo y una crudeza de frases tales, que dejaban muy atrás el lenguaje del famoso *Padre Duchesne*.

En oposición á los *clubs* republicanos, se celebraban reuniones católicas, donde con mejores formas que en aquellos, pero con intención *nea*, que es como decir, con intención de perro de presa, se vomitaban injurias contra los *ateos revolucionarios*.

A menudo había en las iglesias funciones risibles para desagraviar á la Virgen, á Dios y á los santos, de las majaderías de Súnier.

Cada lunes y cada martes estallaba un motín, ya con motivo de las quintas, ya á causa de unas elecciones, ya con el pretexto de una manifestación. Todo esto exornado con la intervención de los voluntarios de la libertad, que, con uniformes, plumeros, sables y fusiles, jugaban día y noche á los soldados.

Así fueron deslizándose los años que se sucedieron desde el 29 de Septiembre de 1868 hasta el 11 de Febrero de 1873.

Durante este período, la figura que más descuella en Salamanca es la de Julián Sánchez Ruano.

Hijo de labradores, nacido en una aldea próxima á la capital, astuto como suelen ser los *charros*, sutil y artero como un jesuita, de los cuales había recibido larga enseñanza, ambicioso, frio de corazón, profundamente disimulado, mordáz hasta el sarcasmo, orador notabilísimo, escritor castizo, de instrucción tan vasta como sólida, político sagáz y de persistencia inquebrantable en sus propósitos, era Julián Sánchez Ruano, á los 26 años, uno de los hombres más notables que tomaron parte en las inolvidables Cortes del 68. Si la muerte no le hubiese sorprendido tan pronto, acaso otra muy distinta de lo que fué hubiera sido la historia patria del último período.

Su discurso en contra de la totalidad de la constitución, le colocó á la altura de los primeros oradores de aquella brillante minoría, de la cual era Jefe D. Estanislao Figueras. A contar desde aquel día, Sánchez Ruano fué tenido por excelente orador y temidísimo adversario. Nadie como él manejaba la sátira; sus palabras eran flechas enherboladas que penetraban hasta lo más hondo del corazón del adversario. El efecto del discurso más elocuente, si este era contestado por el ilustre salmantino, se deshacía como el hielo al sol, bajo la sarcástica



dialéctica de aquel joven que, apenas salido de las aulas universitarias, había sabido colocarse de un salto á la altura de los tribunos más afamados.

Hablaba cierto día en el Congreso D. José Echegaray, entonces desconocido. Su discurso, escuchado al principio con marcada frialdad por los pocos diputados que sesteaban en los escaños, fué poco á poco despertando primero la curiosidad y después la admiración de los oyentes. Bien pronto estuvo lleno el salón de sesiones. El entusiasmo sustituyó á la indiferencia: cada período de la magnífica oración de Echegaray, era saludado con tempestades de aplausos. Puede decirse que en aquella tarde entró el gran poeta en la vida de la inmortalidad. Fué aquello como el nacimiento de un sol.

Cuando acabó de hablar, la Cámara le aclamó conmovida y delirante. Imposible parecía borrar del ánimo de los oyentes la ráfaga de luz que acababa de hacer brotar el genio de Echegaray.

Entonces se levantó Sánchez Ruano, y con una sola frase, supo disipar aquel torbellino de admiración que á todos envolvía.

El último período del discurso de Echegaray pintaba con tremenda verdad el cuadro horrible de un auto de fé, y la muerte en la hoguera de una hermosa virgen, cuya trenza, al decir del orador, había sido encontrada entre

los huesos calcinados que formaban el subsuelo de la plaza donde se verificaban las ejecuciones.

Algo parecido á lo que sigue dijo el ilustre salmantino:

«Yo también he oído con asombro el hermoso período del discurso del Sr. Echegaray, en que nos hablaba de la rubia trenza de una vírgen protestante, y he asistido con la imaginación á la horrible escena de la hoguera, y me ha parecido ver cómo se erizaban de pavor aquellos cabellos... Pero se me ocurre preguntar una cosa: ¿Está seguro su señoría de que esa trenza recientemente encontrada, era la rubia cabellera de una doncella?... ¿No pudiera ser más bien menguada cola de rocín sarnoso?»

Todos conocen también aquel otro discurso en que Ruano se burlaba del calificativo *federal*, con que se adornaban todos los republicanos.

¿Qué diría ahora de los célebres *sinalagmático* y *bilateral* con que se enorgullecen los modernos *piistas*?

Otros muchos rasgos de ingenio ó de sátira mordáz pudieran citarse; pero me limitaré á referir el siguiente, que he oído contar varias veces en Salamanca:

Se verificaba una reunión política, me parece que en el Oriental. Estaba lleno el salón de ciudadanos con gorro frigio: Ruano pidió la palabra, y empezó á hablar, valiéndose de la fór-

mula consabida: *señores*. Una explosión de gritos y protestas interrumpió al orador. *Señores*, volvió á repetir también Ruano. ¡Fuera! ¡fuera,! gritó el público colérico. Aquí no hay señores, aquí no hay más que ciudadanos! *Señores*, dijo por tercera vez Ruano, dominando con su voz toda aquella gritería infernal: os llamo señores, porque con ese dictado se designaba á los reyes, y yo que os considero como á reyes, quiero daros el tratamiento que de derecho os corresponde.

Inútil es decir que el desagrado se trocó en entusiasmo y las manifestaciones de disgusto en aplausos frenéticos.

La vida de Sánchez Ruano fué brevísima. Una herida, se dice, recibida en duelo, agravada por el disgusto consiguiente, cortó en flor aquella vida, que parecía destinada á influir en alto grado sobre los destinos españoles.



El día 12 de Febrero de 1873, se supo en Salamanca la abdicación de D. Amadeo de Saboya, y la proclamación de la República. Con tan plausible motivo, hubo, como era consiguiente, exposición de gorros frigos, paseos militares, vivas, aclamaciones, discursos, banderas rojas, reuniones públicas... y música del Hospicio.

Por aquellos días fueron muchas las ejecuciones de la *Marsellesa*.

En el transcurso de una noche, esto es, en un abrir y cerrar de ojos, pasamos de la Monarquía á la República.

Jamás un cambio de gobierno se ha operado con menos desorden. En Salamanca la república pudo resultar algunas veces cómica, pero no hizo verter una sola lágrima.

Como consecuencia del nuevo orden de cosas, tuvimos voluntarios con uniformes nuevos, alcaldes y autoridades por generación espontánea, ministerios relámpagos, gabinetes ornitológicos (Pí, Chao, Tutau, Sorní) y escenas á cual más regocijadas y grotescas.

Pero no estábamos satisfechos aun; nos corría prisa hacernos autónomos. Los más eloquentes tribunos de la democracia empezaron á ser mirados con recelo. Castelar era un intrigante, un loro; Figueras un traidor... Pí, sólo era el amigo del pueblo. ¡Ese si que era federal!...

Por muchos períodos calamitosos ha atravesado España en el espacio de 80 años; pero ninguno como el período cantonal. Los carlistas prepotentes en el Norte; sin disciplina nuestros soldados; Salmerón queriendo sustituir la metafísica de Krausse á la ordenanza militar; los célebres cuerpos francos siendo la vergüenza y el escándalo de nuestras ciudades; Figue-

ras, poniendo piés en polvorosa; las naves de nuestra marina de guerra, bombardeando los puertos españoles; Castelar, hablando más que catorce, sin hacerse oír; los presidios sueltos... el diluvio universal, sin arca donde poder salvarse bicho alguno viviente!

Desde Febrero hasta Agosto del 73, Salamanca se vió libre de los desórdenes que se repetían á diario en las demás poblaciones de España. Lo único digno de mención durante esos seis meses, fueron las mascaradas de voluntarios y las canciones populares.

La música patriotera estaba entonces en su elemento. Las criadas alegraban sus faenas con coplas alusivas á la política; los obreros acompañaban su trabajo entonando canciones de circunstancias; y por las noches, patrullas de mozos recorrían las calles, cantando á voz en cuello lo más escogido del variado repertorio de las musas callejeras.

Sería curiosa la colección completa de aquellos cantares.

Los había socialistas, como este:

«Cuatro cosas son las más precisas  
para ser cofrade de aquesta hermandad:  
gorro frígio, gastar zapatillas,  
trabuco y patillas  
y al cinto un puñal.»

Guerreros, como el siguiente:

«Marianita, niña caprichosa,  
dame un fusíl  
que me voy á combatir;  
dame un cañón  
que me voy á la facción.»

Otros, antirreligiosos:

«Si los curas y frailes supiesen  
la paliza que van á llevar,  
subirían al coro y cantarán  
¡Oh placer, libertad, libertad!»...

Otros, anti-monárquicos:

«Caigan, caigan cabezas de reyes  
cual cayó la de Luís XVI...»

—  
«De las tripas de Cabrera  
Tengo de hacer un cordón,  
Para ahorcar á Margarita  
Y á D. Carlos de Borbón.»

—  
«Disfrazado de perro de presa  
Cárlos *Chapa* se vino á Madrid.»

Otros, finalmente, constituían un verdadero programa de gobierno, como aquel con que se pedía *el sufragio universal*,

«La Iglesia libre del Estado,  
Abolición de quintas,  
Matrículas de mar.»

¡Oh, felices tiempos aquellos en que yo,  
como el poeta, *amaba todo*, y en que sentía entusiasmo ardiente por la santa libertad!...

¡La libertad!...

¡Vana palabra, regocijo engañoso de las muchedumbres y añagaza de que se valen los ambiciosos! ¡Libertad! ¡Fantasma que los hombres persiguen sin descanso, juguete con que se entretiene á ese eterno niño que se llama pueblo!...

Ser libre es ser responsable, es vivir siempre entre dudas y vacilaciones, es caminar á tientas por los senderos de la vida. Cuando considero las lágrimas y la sangre que la libertad ha costado á los pueblos, tentado estoy de gritar como los realistas del 23:

¡Vivan las cadenas!...



En uno de los primeros días del mes de Agosto, la ciudad de Salamanca, por acuerdo de los jefes federales, se erigió en cantón independiente.

Aquel suceso, en vez de tragedia revolucionaria, resultó, por fortuna, regocijado y cómico sainete.

Provocaba á risa ver cómo una ciudad tan pacífica como Salamanca, se disponía á desafiar los ejércitos de *mar* y tierra.

Erizáronse las calles de zanjas, tápias y barricadás. Detrás de aquellos *reductos* de media vara de altos, nunca faltaban centinelas que, con aire marcial, daban el *¡quién vive!* á todo

el que se aproximaba á tan formidables fortalezas.

Los jefes de los insurrectos iban de una parte á otra arrastrando el sable y luciendo entorchados, galones y colorines.

Según se dijo entonces, los cantonales salmantinos habían nombrado una especie de gabinete con sus ministros de Guerra, de Fomento, de Gracia... y hasta de Marina. De este departamento se encargó el dueño de unas *galeras* que hacían el comercio de *cabotaje* por los *mares* de la Armuña.

El jefe supremo de la ciudad era también el generalísimo de las tropas cantonales.

Preciso es reconocer que, no obstante estar el pueblo en armas, ni un sólo acontecimiento doloroso se registró por aquellos días. La cantonal salmantina pudo resultar, y de hecho resultó cómica; pero los cantonales dieron tales pruebas de sensatez y cordura, que ya las quisieran para sí muchos partidos de los que más blasonan de seriedad y amor al orden.

La torre de la Catedral era el puesto de observación de los sublevados. En lo alto del pararrayos ondeaba á todas horas la bandera roja, pregonando con sus ondulaciones la fiera y resuelta actitud de los republicanos federales.

Desde las cuatro veletas, una comisión del gobierno inspeccionaba, con sendos anteojos, el lejano horizonte, por donde habían de aparecer



los ejércitos enemigos... Pero nada; las tropas no venían.

Un día estalló una alarma terrible. Allá por la parte del Poniente vieron los de la torre una gran polvareda. Aquello debía ser el ejército esperado.

*¡Ya están ahí!*, gritaron los atalayas. Este grito bajó por el caracol de la escalera de la torre, cruzó las calles, resonó en las barricadas, penetró en los *despachos* donde *vinaqueaban* los insurrectos y llenó, por último, los ámbitos todos de la ciudad.

Hubo entonces despedidas tan tiernas como la famosa de *Hector* y *Andrómaca*, y no faltaron tampoco actores de afición y federales de hecho, que al abrazar á sus novias para correr á la pelea, exclamasen con tono melodramático:

«¡Si oyes contar de un naufrago la historial»...

Afortunadamente, los de los anteojos se habían equivocado. Lo que parecía ejército beligerante, era inofensivo rebaño de ovejas, que avanzaba lentamente por la carretera de Ciudad-Rodrigo.

Uno de los vigías, convencido de su equivocación, miró con cierta vergüenza á sus compañeros, y les dijo, con acento contrariado:

—¡Es un rebaño! Cercioráronse todos los de la torre, y uno de ellos puso un parte sobre la marcha, diciendo á los voluntarios federales que no se asustasen, *que eran unos borregos*.

Otro día se oyó hácia la Puerta del Rio un nutrido tiroteo.

Eran los centinelas de la puerta de Annibal, que perseguían á un perro rabioso.

La efervescencia fué calmándose por aquello tantas veces repetido de *Nihil violentum permanet*.

Las tropas no venían.

Los vigías de la Catedral, ya medio ciegos á fuerza de escudriñar el horizonte, se iban cansando de aquella vida de campanario. La población entera estaba fatigada de contemplar tan largo sainete.

¡Y á todo esto el enemigo sin venir!

—Decididamente, solían exclamar los cantonales, las tropas del Gobierno no se atreven á medir sus armas con nosotros.

Al fin, después de quince días de federalismo, ochenta ó cien carabineros, mandados por el bizarro comandante graduado D. Pascual Cebrián, penetraron en Salamanca sin disparar un sólo tiro.

La cantonalada se deshizo como el humo; el pueblo soberano entregó sus fusiles, y cada mochuelo se fué á su olivo; ó lo que es lo mismo, cada ciudadano á su oficina ó taller, olvidando barricadas, ejercicios militares y demás excesos inocentes, cometidos durante aquellas memorables jornadas.

De la cantonal sólo queda algún gorro frigio

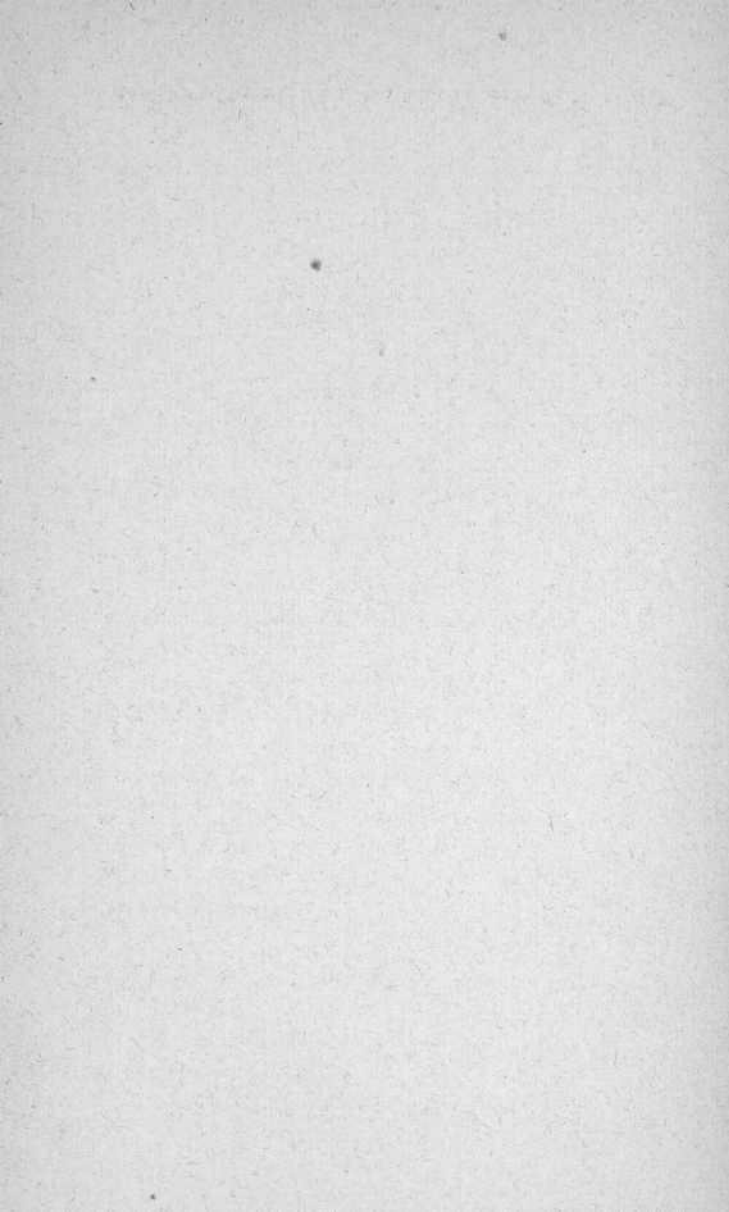
---

descolorido y apolillado, perdido entre las telarañas de un desván, ó alguna carabina primahermana de la de Ambrosio, ó alguna espada del mismo temple que la de Bernardo.

*Sic transiit gloria mundi.*



# La Universidad



---

## VIII

### LA UNIVERSIDAD

LA Universidad no sólo ha sido y es el alma de Salamanca, fué también el cerebro de Europa. De allí, como Victor Hugo decía del moderno París, emprendían en otro tiempo el vuelo todas las águilas. En aquel taller de inteligencias se labraron las más grandes de nuestra historia. Preguntad á los poetas del siglo de oro dónde adquirieron el gérmen de su inspiración, y ellos os darán esta respuesta: En la escuela salmantina. Filósofos, jurisconsultos, historiadores, filólogos, tratadistas; todo lo que es saber, ciencia, profundidad... de allí trae su origen.

La Universidad de Salamanca fué, permítaseme la frase, el gran dinamo que hizo brotar la luz en España... ¡que en España!, en Europa entera. De todas partes acudía animosa la juventud á la ciudad del Tórmes en busca de cien-

cia. Aquellas legiones sagradas se esparcían luego por todas las naciones, repitiendo el nombre de Salamanca. La tesis explicada en la escuela salmantina, era repetida en las orillas del Tórmes, ó en las riberas del Sena, ó en las rientes ciudades de Italia. Oxford la miraba con envidia; París como rival; Bolonia no se atrevía á tanto. Unos historiadores la comparaban con Roma, otros con Atenas. *Alma mater*, la llamó en cierta ocasión solemne mi querido catedrático D. Mamés Esperabé, Rector de la Universidad. *Alma mater* es el nombre más cariñoso y más dulce que viene á mis lábios cuando recuerdo la veneranda escuela donde se abrieron mis ojos á la luz de la ciencia.

Una de mis más hondas satisfacciones es pensar que aquella insigne maestra, cuyo lema es *Omniium scientiarium princeps Salmantica docet*, es también la mía. Cosa es que me causa legítimo orgullo poder decir: he estudiado en Salamanca. Séale, pues, permitido á un hijo cariñoso, depositar el pobre testimonio de su amor y de su respeto, á los piés de la noble matrona salmantina.

Nada para mí más sagrado que el nombre de madre; pues bien, yo llamo también madre á la Universidad de Salamanca.



Todo lo que la insigne ciudad ha sido, se lo debe á su Universidad. Si fué brillante cometa en el cielo de la historia, la Universidad es el núcleo de ese cometa. En los siglos xv, xvi y xvii, Salamanca era como un gran establecimiento de enseñanza: todo pertenecía á la escuela ó dependía de ella.

Esas ruinas, que por su grandeza y majestad sorprenden aún al viajero, son restos de los colegios que vivieron á la sombra de la Universidad. Esos colosales edificios que desafían diariamente el rigor del tiempo, por la Universidad y para la Universidad se construyeron. Esa Plaza Mayor, cuya magnificencia asombra, para las fiestas universitarias fué fabricada. Leed los rótulos de las calles y plazas: Fray Luis de León, Brocense, Ramos del Manzano, Iglesias de la Casa, Quintana, Melendez Valdés, Tostado, Sánchez Barbero... todos hijos ilustres de la Universidad.

La industria y el comercio vivieron durante mucho tiempo de las pingües sumas que allí dejaban los escolares. La mayor parte de las casas de la población eran hospederías ó posadas. El zapatero, el sastre, el tendero... ganaban su sustento proveyendo á los estudiantes. Las tabernas, las hosterías y otras especies de establecimientos, medraban con el oro de la gente estudiantil, que así acudía á las aulas como frecuentaba los garitos y burdeles. Del número y calida d

de estos establecimientos, dan idea la célebre profecía, que se atribuye á San Juan de Sahagún, y la tradición del *Lunes de aguas*.

Las muchachas salmantinas han tenido siempre estrechas relaciones con la Universidad ó con sus representantes.

No ha habido en Salamanca juvenzuela de 15 abriles para arriba, que no haya consagrado las ternezas de su alma á algún D. Félix de Montemar.

A veces estas ternezas anímicas se han traducido, y aún se traducen, en algo práctico y tangible; que siempre fueron osados los escolares salmantinos en pedir, y no siempre ellas firmes en negar.

Hoy mismo, en esto de las conquistas amorosas, los estudiantes se llevan la palma, y aun las palmas, ó lo que estas simbolizan.

Si las doncellas salmantinas quisiesen oír un consejo, yo les diría:

Con los estudiantes, niñas,  
poquita conversación...

Pero, que si quieres...

El mismo caso harían de mi copla, que de las de Calainos.



Decía que la Universidad era, y sigue siendo,

el alma de Salamanca. No es, pues, extraño que los salmantinos la adoren.

Hoy, ni sombra es ya de lo que fué. La juventud no se agolpa, como en otro tiempo, en los dinteles de las aulas. Cátedras hay donde sólo dos ó tres alumnos concurren. El que escribe estas líneas fué el único discípulo, durante un curso, en la clase que en otro tiempo explicó el Brocense.

Gracias al celo é incansable iniciativa del Rector, Sr. Esperabé, el local de la Universidad ha aumentado con hermosos cláustros y cómodas dependencias.

¡La jaula es más espaciosa, pero los pájaros no acuden!



La fachada del Poniente es una preciosidad. Falcón la compara con la recamada dalmática de un sacerdote: el símil es exactísimo. Más que molduras de piedra, parecen las prolijas labores de la portada, primorosos recamos bordados á realce por las manos de las hadas.

Es aquella portada como el diploma de la Universidad, dibujado por habilísimos artistas y sellado con las armas de los Reyes Católicos y del gran Carlos V.—D. Fernando Araujo, autor de un buen compendio de la *Historia de Salamanca*, echa de menos un estuche para guardar

aquella joya. Mejor fuera un marco y un cristal. Así nadie se privaría del placer de contemplarla.



Siempre que voy á Salamanca hago una visita á la Universidad. Siento entonces, al recorrer aquellos lugares, no sé qué extrañas melancolías; algo así como voces lejanas que me contasen añejas historias.

La última vez que ví la escuela salmantina fué en una tarde del mes de Junio.

En medio del silencioso y solitario Patio de Escuelas, la estatua de Fray Luis, grave y severa, me pareció que me miraba como á un antiguo discípulo...

Tentado estuve de arrodillarme delante del célebre agustino, ni más ni menos que los charros que visitan la Universidad en tiempo de féria.

También estaba triste y solitario el claústro bajo de la escuela. En el centro, las plantas y arbustos ocultaban el pozo, con su brocal de granito y su armadura de hierro, en cuyos brazos es fama que cada graduando hacía una señal el día de su reválida. El reflejo del verde oscuro del jardín teñía de color amarillento los largos claústros, y allá por encima de las copas de los árboles oíase el píar de las golondrinas, que cuelgan sus nidos en las cornisas de la arcada. Por

una de las crujías paseábase lentamente un bedel; el eco repetía y aumentaba el sonido de sus pasos.

Colgados de los muros estaban los retratos en negro de los Reyes que protegieron la Universidad. Todos eran antiguos conocidos míos: Carlos II, con su aspecto cariacontecido, como de discípulo en vísperas de examen; Fernando VII, vestido de calzón y fraque, con su semblante desdeñoso y antipático; Fernando III *el Santo*, con el brazo alzado, como si estuviese llamando á alguien que se encontrase lejos; los Reyes Católicos, semejantes en su postura á las modernas fotografías de matrimonios cariñosos, pero *cur-sis*; Felipe V, Alfonso X *el Sabio*, Felipe III y Margarita, figuras todas que me miraban impasibles y ceremoniosas, como si no me hubiesen visto nunca...

¡Con cuánto placer reconstruí yo aquella tarde las escenas de la vida estudiantil!...

A las ocho y media de la mañana acudíamos á la Universidad, llamados de antemano por los tañidos del címbalo. Durante media hora paseábamos por los claústros; quienes leyendo apresuradamente en las hojas de desvencijado libro; otros procurando interpretar los *jeroglíficos*, trazados á lapiz en los cuadernos de apuntes; estos discutiendo acaloradamente y con aire pedantesco un punto intrincado de la ciencia; aquellos contando sus aventuras de café ó sus

amorios de portal. En los días de sol, nos refugiábamos en un extremo del claústro del Poniente buscando el tibio rayo que, por encima de las galerías de la Catedral, venía á formar como un tapíz de luz sobre los muros y las losas. Cuando el frío apretaba, subíamos á la Biblioteca y tomábamos posesión de sus enormes braseros.

Los anchos barandales de piedra que adornan la subida, ostentaban y ostentan relieves que figuran hombres, mónstruos, toros y caballos. Los caballos y los toros estaban ennegrecidos en parte y en *partes* por manchones de humo, *ejecutados* por alguna mano maliciosa.

En los días buenos del invierno, que en Salamanca son muy contados, solíamos hacer uso de la libertad de enseñanza que, en nuestra opinión, tenía uno de sus más sólidos fundamentos en el derecho de no asistir á cátedra.

¡Las cátedras!... Por escasa imaginación que se tenga, es imposible entrar en ellas sin sentir la influencia solemne que se desprende de los monumentos históricos. Diríase que aquellas aulas están saturadas de ciencia. Algo augusto hay allí que obliga á bajar la voz y á descubrirse como en el interior de un templo. Toda institución grande deja de su paso algo que no es piedra ni bronce; no sé qué estela misteriosa, que las olas del tiempo no pueden borrar. Al poner el pié en las cátedras de la

Universidad de Salamanca, al pisar las tablas carcomidas del pavimento, al ver en los toscos bancos labrados centenares de nombres, ilustres algunos, al mirar los elevados púlpitos que tienen la amarilléz severa de la decrepitud, parece levantarse de entre el polvo del pasado, la época gloriosa en que aquellos asientos estaban poblados por centenares de estudiantes, en que la juventud bulliciosa llenaba de clamores los claústros y en que explicaban desde aquellas tribunas sus sábias lecciones Domingo de Soto, Cobarrubias, Saavedra, Fajardo, Melchor Cano, Hernán Pérez de Oliva, Pérez de Herrera, El Brocense, Nebrija, Diego de Deza... y tantos otros, con cuyos nombres tarea fácil sería llenar algunas páginas.

La clase del poste, señalada con el número 7, es una de las que más conservan su antiguo aspecto. En ella explicaba el inolvidable vicerector y decano de la facultad de Letras, don Ramón Nieto, Literatura general y Española.

¿Quién que haya estudiado en Salamanca durante el segundo tercio de este siglo no recuerda á D. Ramón Nieto?

Yo le conocí en el tercer periodo de su vida. Tenía entonces 73 años, tantos como el siglo. Momentos antes de dar las doce salía del salón de profesores con su balandrán de esclavina, su gran birrete con borla azul, un tanto descolorida, y cubiertas las manos con guantes de lana

negros, que tenían cortados los dediles correspondientes á los dedos índice y pulgar, precaución útil para volver fácilmente las hojas de los libros.

En clase casi nunca subía al púlpito; prefería pasear por delante de los asientos, dirigiéndonos á menudo su frase favorita: *Señores estudiantes.*

Su rostro bondadoso, afeitado completamente y orlado por los rubios cabellos de una grandísima peluca, demostraba singular bondad. Era grueso y bajo, y daba en cátedra gritos tremendos.

A veces arqueaba las cejas y nos miraba iracundo. Quería aparecer terrible, pero su aparente severidad se deshacía inmediatamente, borrada por el resplandor de una benévola sonrisa.

Cuando nos hacía una pregunta difícil, inclinaba el cuerpo hácia adelante, guiñaba los ojos y ponía un dedo al lado de la boca, como diciendo: *A ver por dónde sales?* Si la contestación era un despropósito, lo que acontecía muchas veces, el buen señor levantaba sus brazos al cielo y apostrofaba líricamente á las paredes de la clase, como Jeremías á los muros de Sión.

Era originalísimo su método de enseñanza. Jamás se atenía á libro ni programa alguno; de modo que, la clase se reducía á una especie de coloquio que casi nunca tenía que ver nada con



la ciencia y arte literarios. Esmaltaba sus explicaciones de cuentecillos y de anécdotas. Cuando hablaba de los franceses, se ponía furioso. Eran unos infames; él, cuando niño, los había visto con sus gorras de pelo y con sus armas enemigas de España, siempre hablando en gabacho.... Aquellos soldados entraban en las aldeas, atropellaban á las mujeres y asesinaban á los niños y á los ministros del Señor.... ¡No había que hablarle de aquellos bandidos!

Recuerdo la explicación que nos hizo un día de la palabra *acingum*. Ninguno de los discípulos acertábamos con el significado exacto del vocablo latino.

—Figúrense ustedes, señores estudiantes, dijo D. Ramón, que entra el bedel por esa puerta y me dice: Sr. Vice-rector, porque yo soy Vice-rector y además Decano, ahí fuera buscan á usía. Salgo, y me encuentro á mi hermano, que es charro, no se rían ustedes, charro de Macotera, de donde soy yo, y de donde es el Cardenal Arzobispo de Santiago, mi amigo íntimo, y me dice: tienes que venir; fulano, un pariente, está muriéndose, y quiere hablarte. Yo, vestido de cura como lo estoy siempre, me dirijo á la puerta de la Universidad, en donde está el mulo... Fijense ustedes, señores estudiantes... un mulo. Entonces, para montar... atiendan ustedes... cojo los hábitos y los remango... ¡*Acingum, acingum, acingum!*

Y al decir esto, daba golpes furiosos sobre la barandilla.

Los exámenes eran para D. Ramón un verdadero tormento. Hubiera querido dar á sus discípulos, á los *señores estudiantes*, las notas más honrosas; pero era el caso que los examinandos solíamos no saber una palabra; así que había, al terminar el curso, más suspensos que aprobados, lo que acongojaba sobremanera á nuestro anciano catedrático...

Diez años hace que dejó de existir. Cuando de tarde en tarde contemplo la puerta de la cátedra número 7, ó el balcón del Patio de Escuelas, en que tantas veces he visto asomado á mi inolvidable maestro, siento que se me llenan de lágrimas los ojos.



La apertura del curso es siempre un acontecimiento importantísimo. Desde la dama encoquetada hasta la artesana más humilde, y desde el alumno menos aplicado del Instituto hasta el más estudioso de Facultad, no hay quien no acuda el día 1.º de Octubre al espacioso Paraninfo, donde ha de efectuarse la consabida ceremonia.

El salón está dividido en dos partes. Forma la de la derecha una elevada plataforma con escaños tapizados de terciopelo rojo. Allí toman

asiento los doctores y las comisiones invitadas al acto. En el centro de dicha plataforma está la mesa presidencial, y sobre ella, en bandejas de plata, los diplomas para los premiados y los discursos y memorias que han de repartirse entre los concurrentes. A la izquierda, los bancos destinados al público, casi en su totalidad ocupados por señoras. En los primeros, ó sea en los de delante, se sientan los alumnos que han obtenido premio. En la entrada del salón y en los rincones, se agolpan los estudiantes con menos gravedad y silencio de lo que la ceremonia exige. Sobre una tribuna, que hace *pendant* con la presidencia, se colocan los músicos, y en frente de la puerta de entrada está el púlpito, desde donde se leen los discursos.

En el salón del claústro, situado en el piso alto, se reunen comisiones, alumnos premiados y doctores. Al dar las doce en el reloj de la Universidad, todos se ponen en movimiento. La campana grande suena grave y pausadamente. Van primero los bedeles, con mantos negros y birretes de plumas; los estudiantes que han obtenido premio detrás; y siguen, por último, las comisiones y los doctores con traje académico, en que el amarillo, el azul, el encarnado y el blanco forman un conjunto tan abigarrado como vistoso. El Rector y las autoridades cierran la marcha, seguidos de los músicos, que *amenizan* aquel triunfal paseo. Una turba nu-

merosa de muchachos y de gentes, que no han tenido la honra de ser invitadas, forma como la retaguardia de aquel ejército de sábios vestidos de seda, el cual, después de haber andado los claústros de Mediodía y Naciente, va poco á poco desapareciendo en lo interior del Paraninfo, como una culebra de cascabel en su agujero. La música es el cascabel.

El conjunto que ofrece la plataforma no puede ser más pintoresco. Las mucetas encarnadas entre las amarillas, dan á las filas de doctores cierto viso de colgadura compuesta de los colores nacionales. Los grandes borlones de forma parecida á los moldes para hacer flan, comunican á los semblantes una apariencia solemne que *hace muy bien* en aquel recinto y en aquellas circunstancias.

Bajo el dosél que adorna la cabecera del salón, los mozos de escoba de la Universidad, vestidos á la usanza de sotas de baraja, hacen de maceros, inmóviles como estátuas; los bedeles ocupan sus puestos al pié de la gradería de la plataforma; y el Rector, vestido de negro, preside el concurso, teniendo á uno y otro lado las autoridades civiles y militares de la provincia.

Como es ya de rigor en esta clase de espectáculos, los concurrentes no prestan la menor atención al discurso que un doctor lee á saltos, ni paran mientes en la Memoria que mastica el

Secretario. En cambio saluda con una tempestad de aplausos á los escolares premiados que, después de dichas lecturas, van subiendo uno á uno á la plataforma á recibir de mano del Rector el codiciado diploma, ganado algunas veces con el auxilio de apuntes, ocultos hábilmente entre la camisa y el pecho el día de las oposiciones. De esto se dán frecuentes casos. Hay, sin embargo, pocas, pero honrosas excepciones.

El acto de la apertura tal y como ahora se practica, resulta teatral y afectado. El tiempo de las mascaradas científicas ha pasado ya. Mucetas, togas, birretes, borlones y colorines, cosas son que pertenecen al montón de cachivaches de antaño que deben relegarse á los desvanes de la historia. La ciencia está reñida con los disfraces.

Terminada la ceremonia, el Rector declara abierto el curso, y doctores, comisiones y premiados, seguidos de la orquesta *amenizadora*, que no es lo mismo que amenazadora, vuelven al salón del cláustro, despidiéndose allí, mientras que el público desfila por las calles de la Estafeta y Libreros, sigue por la de la Rua y desemboca en la Plaza, donde con unas cuantas vueltas, dá por terminada la fiesta del día.

Al siguiente, ya se sabe: el tin tin del cimbalillo llama al templo de Minerva á los jóvenes amables de que habla Samaniego.

También son fiestas de trajes las de la Semana Santa. La adoración de la Cruz, la comunión y la recepción de los pasos, hacen las delicias de los doctores imberbes, y aun las de muchos canosamente barbados.

La guardia del monumento es también cosa muy solemne.

Colócase aquel en la capilla de la Universidad; el claústro contíguo se adorna con viejos tapices, que dejan en una especie de penumbra la entrada del templo. En el altar mayor, dos doctores, vestidos con trajes académicos, parecen abismados en hondas reflexiones delante de dos grandes *in folios* en latín.

Algunos vuelven gravemente las hojas de los enormes libracos. —¡Cómo se enteran!, dicen los profanos...

Más de uno y más de dos de aquellos lectores, me han confesado modestamente que no saben latín.



En las épocas de examen el claústro de la Universidad rebosa de animación. Á la puerta de las aulas en que están constituidos los tribunales, esperan los examinandos, estrujando la papeleta entre los temblorosos dedos, inquietos y febriles, el momento de ser llamados á comparecer ante los jueces.

Algunos discípulos tratan de aprovechar hasta los últimos instantes, manoseando cuadernos por los rincones. Otros pasean incansables, dando vueltas y vueltas en derredor del claústro.

Suena una campanilla.

Es que el examen ha terminado. Pasan algunos minutos, parecidos á siglos.

—¡Cuánto tardan!... Muchos semblantes están desencajados. Todos los corazones laten. Transcurre el tiempo... Y el tribunal sin salir... ¡Qué pasará allí dentro!...

¡Otro campanillazo!...

¡Por fin!... —Todavía no, dice el bedel, cuadrándose en la puerta, después de acudir al llamamiento.

Al cabo se oyen pasos en el entarimado de la clase, que resuenan fatídicos en el corazón de los examinados. Los tres profesores salen uno tras otro, seyeros, adustos, solemnes... El último lleva en la mano un fajo de 'talones, que el bedel reparte entre socarrón é indiferente.

—Fulano de Tal... Suspenso.

—¡Qué injusticia,! exclama la víctima. ¡Con el examen que yo he hecho!

—Es verdad, ha estado V. muy bien; pero no ha dado gusto á los señores.

Y el cuitado á quien han *suspendido*, se aleja entre un corro de amigotes; compañeros antes de jolgorios y ahora de desdicha, que tratan, en vano, de consolar al triste, quien jura y per-

jura que ha de tomar ruidosa venganza de sus *injustos* profesores.



La tradición universitaria cuenta una porción de anécdotas referentes á los exámenes.

Hé aquí algunas que recuerdo:

En un examen de Historia Universal.

*Profesor.*—¿Qué me dice V. de los treinta tiranos?

*Alumno.*—Que no he conocido tantos.

En Derecho Romano.

*Profesor.*—¿Tiene V. algo que decirme de las Novelas de Justiniano?

*Alumno.*—Que me parecen inferiores á las de Paul de Kock.

En Geografía Histórica.

*D. Bartolomé Beato.*—¿Dónde está situado el Egipto?

*Alumno.*—¿Que en dónde está situado el Egipto?

*D. Bartolomé.*—¡Pues!...

*Alumno.*—En Asia.

*D. Bartolomé,* rascándose la peluca.—*Pues,* hombre, la última vez que ví yo el mapa, estaba en otra parte!...

Á la puerta de una clase.

—¿Qué te han preguntado?



—Cosas de sentido común. ¡Figúrate!...  
¡Quién fué Tito!



En tiempo de fèria, no hay charro ni charra que perdonen la visita á la Universidad. Todo lo recorren, desde el Paraninfo al salón de cláustro, desde las clases hasta la Biblioteca. La vista de esta última, llena de asombro á los aldeanos. Se quedan absortos ante aquella multitud de libros alineados en los estantes.

—¡Caramba; el que se lea todo esto!... Y miran á los bibliotecarios como si mirasen fenómenos.

Las viejas y amarillentas esferas, colocadas sobre sus respectivos trípodes, atraen también la atención de los rústicos visitantes.

—¡Mira el mundo,! *chacho*.

Y se quedan en éxtasis, abismados en cálculos cosmográficos de difícil traducción.

Hasta hace poco tiempo había en la Biblioteca un esqueleto dentro de un escaparate. Los charros se pasaban las horas muertas delante de aquellos pobres huesos sujetos con alambres.

—Mira, ese, dijo en cierta ocasión un armuñés á otro compatriota, se quedó así de consumido á fuerza de leer todos estos libros.



¿Volverá la Universidad á ser lo que fué? He aquí una pregunta á la que es doloroso contestar. Las instituciones, lo mismo que los individuos y los pueblos, están sujetas á esa ley de la vida, que consiste en nacer, crecer y morir.

¡Oh! si esa ley fatal pudiera evitarse, si la Universidad de Salamanca volviese á ser vivificada por un nuevo soplo de juventud, y se poblasen sus cláustros de estudiantes y tornase á ser honra de España... Ese día sería de gran felicidad para la vieja ciudad del Tórmes, de gozo grandísimo para sus hijos, de gloria para la pátria.

Después de todo... ¿quién sabe?

El cólera



---

## IX

### EL CÓLERA

ALLÁ entre la lujuriosa vejetación que cubre las orillas del Ganges, en medio de las retorcidas raíces de árboles seculares, semejantes á confuso hacina- miento de osamentas monstruosas, yace envuel- ta entre el légamo del sagrado rio una deidad terrible, tal vez el vengativo Siva de la leyenda Védica.

De tarde en tarde, álzase el siniestro fantas- ma en forma de vapor mefítico; y ya agarrán- dose á las tablas de una embarcación, ya acu- rrucado entre los fardos de un convoy ó bien cabalgando sobre la nube que el viento hace volar, emprende su viaje hácia las playas eu- ropeas.

¡Ay de la ciudad donde el horrible espectro se detiene!

Las primeras víctimas producen general sor-

presa, la sorpresa truécase en terror y el terror en desesperación.

¡El cólera!

Las gentes huyen de la ciudad infestada, como si las llamas la estuviesen devorando. Ciérranse las tiendas, suspéndense las transacciones y se aislan en sus casas los vecinos. Al lado de ejemplos de abnegación heroica, se cometen actos de refinada cobardía. Familias enteras desaparecen como arrancadas de raíz por el furor de la epidemia. No hay vivienda que no encierre una víctima. Diríase que había pasado por ellas el angel exterminador.

Cuando cesa el cólera, suena el *Te-Deum* bajo las bóvedas de los templos. Vuelve la población á sus antiguas costumbres; cuéntanse los vivos.... Todos visten de luto.

La epidemia en tanto penetra en las aldeas, arrasa caseríos, diezma los pueblos, envenena los rios, emponzoña el aire, derrama sobre los frutos de la tierra gérmenes de muerte y vuelve al cabo de su horrible odisea á ocultarse nuevamente entre el limo del cenagoso Ganjes.

\*  
\* \*

Año tremendo fué para España el de 1885. El cólera se enseñoreó de la mayor parte de la Península, causando en muchas provincias grandísimos extragos. En el espacio de medio año

hubo 339.794 atacados, de los cuales fallecieron 120.245.

Salamanca se defendió hasta el mes de Julio. A mediados de este, comenzaron á circular noticias alarmantes. El día 13 se presentó el cólera en Alconada, desapareciendo el día 20, después de causar 5 víctimas; el 19 ocurrieron algunos *casos* en Lagunilla. La epidemia avanzaba.

Pasaron aún algunos días. El 17 de Julio certificó D. Pedro Llevot, Decano de la Facultad de Medicina de Salamanca, que el cólera estaba en la ciudad. La primera invasión fué en la mujer de un guardia civil.

Esta noticia llevó la alarma á todas partes. Como sucede siempre en tales casos, la opinión se dividió en dos grupos: optimistas y pesimistas. Negaban los primeros á pié juntillas la presencia del cólera; defendían los segundos á capa y espada la afirmación hecha por el Sr. Llevot.

Hasta el día 24 no cesaron las disputas entre los de uno y otro bando. Los optimistas estaban en mayoría. Siempre fué una de las formas del miedo negar la existencia del peligro.

Había muchos diálogos como el siguiente:

—Qué noticias tiene V. del cólera, D. Fulano?

—Dicen, contestaba el interpelado, que una lavandera se sintió atacada esta mañana y murió á las seis horas.

—De fijo habrá hecho alguna locura...

—¡Friolera!... Figúrense ustedes que para desayunarse se tomó nada menos que unas sopas de ajo....

—¡Jesús! ¡qué atrocidad!

—¡A quién se le ocurre!

—¡Una cosa tan indigesta... sopas!...

—¡Y de ajo!...

—¿Y luego bebería agua?...

—¡Si viven de milagro!...

Todos los casos sueltos que ocurrieron en los primeros días tenían su explicación. Este se había muerto por comer fruta, aquél por no comerla; uno por tomar un refresco, otro por haber bebido vino. En fin, que nadie se moría del cólera: eran falsas alarmas que hacían correr los médicos por la cuenta que les tenía.

El día 24 hubo diez y ocho atacados: murieron diez y seis.

No era ya posible negarlo. El cólera estaba en Salamanca.



Este convencimiento consternó á la población salmantina. Los optimismos de la víspera trocáronse, por natural reacción, en angustiosos temores. Muchas personas huyeron apresuradamente. Entre estos fugitivos hubo algunos que no vacilaron, cuando pasó el peligro, en pedir apoyo y sufragios á los habitantes de la



ciudad, cobárdemente abandonada entre las garras de la peste. Salamanca ha olvidado aquella falta de valor cívico; ha sido suficientemente generosa ó bastante débil, para servir de pedestal al mismo, ó á los mismos, que la desampararon.

Los que por deber de quedarse ó por imposibilidad de huir permanecieron en Salamanca, ya convencidos de la presencia del cólera, exageraban los extragos de la epidemia.

—Las autoridades, decían, ocultan la gravedad del mal. Más de veinte personas han espirado hoy. El depósito del cementerio está lleno de cadáveres... Los vecinos del Arrabal mueren como chinches...

Los efectos del cólera fueron, sin embargo, mucho menores en Salamanca que en las otras poblaciones invadidas, pues mientras que en esta capital la intensidad diaria de la epidemia fué de o'90, hubo ciudades, como Granada, en que llegó á la espantable cifra de 42'76.

Tomábase aquellos días verdadero lujo de precauciones. Las plazas y las calles olían á botica; las casas eran regadas con preparados de cloro, y en todas ellas andaba en su punto el pulverizador.

Hasta las señoras sustituían el agua fenicada á las esencias y cosméticos.



Pero el conflicto magno fué promovido por las criadas de servicio.

Las *pobres chicas* acordaron por unanimidad presentar su dimisión, y arrojando á los piés de sus amas el simbólico delantal y el clásico estropajo, huyeron precipitadamente á sus casas, contando horrores de lo que ocurría en Salamanca.

—En *cuanto que una* se pone mala, decían, la cojen á *una*, la meten á *una* en la camilla, la llevan al lazareto, y antes de que *una* haya acabado de dar las *boqueadas*, la meten en el coche de *Reymundo* y al cementerio con *una*... ¡Algunas mozas han sido enterradas vivas!...

Estas patrañas y otras semejantes produjeron una cruzada contra los médicos.

Alguno de estos se vió obligado á defender á bastonazo limpio la integridad de su persona.

En tanto las señoras, abandonadas por sus domésticas, tocaban el cielo con las manos, y veíanse obligadas á tocar otras cosas, que ni conviene nombrarlas ni menos *meneallas*.

—¿Quién irá á la compra,? exclamaban líricamente. ¿Quién fregará los platos? ¿Quién, *cuando la noche tienda su tachonado velo*, bajará á aumentar la corriente cristalina de la perfumada esgueva de Santa Rita?...

¡Y pensar que tendrían que hacer ellas tan bajos servicios!

¡No, no es extraño que abusasen del ácido fénico!



Ocurrió el día 25 de Julio un suceso, que he de narrar, aun á trueque de herir la modestia de un amigo mio muy querido.

Una doncella de la casa de D. Antonio de Solís, fué con tal violencia atacada del cólera, que dejó de existir en el breve espacio de unas cuantas horas.

Cuando el Sr. Solís, á pesar de hallarse rodeado de su numerosa familia, tuvo noticia del mal que aquejaba á su sirviente, no vaciló un momento en cumplir lo que le dictaba su conciencia.

—No seré yo, dijo, quien envíe á esta pobre joven al hospital de coléricos. En mi casa ha caido enferma, y en mi casa morirá ó se salvará.

No faltaron personas *prudentes* que hicieron notar á mi amigo el peligro que corrían su esposa y sus hijos.

—Yo cumplo con mi deber, contestó don Antonio de Solís, y suceda lo que Dios quiera.

Aquella misma tarde espiró la enferma. Sus últimas palabras fueron de agradecimiento para sus amos.

Los que no conocen el pánico que se apode-

ra de los pueblos cuando reina en ellos la terrible plaga, acaso no comprenderán todo el valor del acto llevado á cabo por el Sr. Solís. Pero los que saben que el cólera quebranta y rompe los vínculos más firmes de la naturaleza, y que el hijo desampara al padre, y el amigo se encuentra abandonado del amigo, y hasta el amante se aparta con horror del ser amado, se convencerán de que mis elogios tienen por fundamento la más estricta justicia.

Este hecho noble y generoso no fué el único. La señora de López, Doña María de Peñalosa, asistió á una criada suya con el esmero y la tierna solicitud de una hermana de la caridad. Don Jacinto Ibañez, acaudalado propietario, estuvo proporcionando recursos de toda especie durante el tiempo de la epidemia, á un gran número de desvalidos. Los médicos todos de la ciudad rivalizaron en sentimientos de caridad y amor al prójimo. D. Cristino Cebrián, recorrió varios pueblos infestados; y el Licenciado Sr. Pollo, ostenta sobre su pecho la Encomienda de Isabel la Católica, que todos los salmantinos han tenido ocasión de admirar, ganada honrosamente en Macotera, luchando á *brazo partido* con el cólera.

El Obispo de Salamanca dió también entonces heroicas pruebas de sus evangélicas virtudes.

Otros rasgos, semejantes á los anteriores, pudieran referirse; pero basta con ellos para

demostrar que si hubo espíritus flacos que huyeron temerosos de la ciudad en cuanto se presentó en ella la peste, hubo también grandes caracteres que lucharon denodadamente con ella para remediar sus espantosas consecuencias.

Consolador es, en medio de esta sociedad, dominada por el excepticismo y la indiferencia, encontrar almas generosas, para las cuales es aún la caridad el primero de todos los deberes.



Era entonces Alcalde de Salamanca D. Juan de Lafuente.

Fortuna y grande fué para la población tener en aquellos tristes momentos persona de tan relevantes dotes al frente de la Corporación municipal.

Allí donde la epidemia levantaba la cabeza, allí se presentaba el Sr. Lafuente, despreciando el peligro, llevando el consuelo á las familias desconsoladas, amparando á los huérfanos y haciendo sentir en todas partes los efectos de su valerosa caridad.

Muchos pobres bendicen desde entonces el nombre de D. Juan de Lafuente.

Creo poco en el agradecimiento de los pueblos; casi tan poco como en el de los individuos; pero seguro estoy de que cuando Sala-

manca sufra nuevas calamidades (y quiera Dios que esto nunca acontezca), aunque hayan pasado muchos años, recordarán los que entonces vivan la paternal solicitud desplegada por el Sr. Lafuente para con sus conciudadanos, durante el verano de 1885.



Si la epidemia fué, como queda dicho, poco intensa, en cambio se prolongó más que en ninguna parte de España. Hasta el mes de Diciembre no cesaron las víctimas. 151 personas perecieron desde el 17 de Julio hasta el día último del año.

El cólera se batía á semejanza de los guerreros partos, disparando al huir sus flechas envenenadas.

Por fin desapareció por completo. Volvió á reinar la alegría en las calles y paseos; cesaron los coches de Raymundo de llevar muertos al cementerio, como si llevasen fardos; regresaron los ausentes, y no se pensó más, como es uso y costumbre, en las pasadas angustias... Los muertos fueron también olvidados.

Sólo una cosa ha sobrevivido:

La Encomienda de Pollo.

La Féria





---

## X

### LA FÉRIA

**C**UÁNTAS esperanzas encerraba para mí esa palabra allá por los años remotos en que éramos niños los que ya, con amargura, vemos asomar cabellos blancos entre los que eran negros y rizosos, *cuando Dios quería!*

¡Con cuánto interés seguíamos los preparativos que para el día 8 se hacían en la Plaza Mayor y plazuela de la Libertad!... Los mástiles con sus flotantes gallardetes; las tablas pintadas, adosadas á los arcos, llenas de alambre para colocar los farolillos de colores; el templete para la música; las tiendas ó casetas de la fèria; el rechinar de la sierra y el golpear de los martillos; las cucañas aquí y allí levantadas; los grandes carteles de los toros con sus llamativas viñetas y sus letras de á media vara... ¡Oh, todo aquello era encantador! Era el placer de la vís-

pera, la alegría del sábado, que siempre supera al gozo del domingo.

Y luego en casa los proyectos formados en presencia de la alcancía, tesoro tan abundante en esperanzas como el cántaro de la lechera. Allí estaba guardada cuidadosamente; su rasgada boca parecía sonreirse satisfecha. ¡Cuánto pesaba! Como que estaba llena de piezas de *dos cuartos*, entre las cuales no sé qué hada misteriosa había deslizado algunas pesetas, que debían estar como avergonzadas de mancharse con el contacto de las monedas *de luto*.

¡Qué de cosas podría comprarse con aquel dinero!

¡Lo menos lo menos habría treinta reales!...  
¡Una fortuna!

Llegaba el día 8 de Septiembre. Antes de la salida del sol, empezaban á sonar los pitos de la fêria, y el tamboril y dulzaina que preceden á las gigantillas. Los dos enormes cabezudos recorrían toda la ciudad, ya marchando gravemente al son de la *música*, ya persiguiendo á los chiquillos, ya deteniéndose en las plazas y encrucijadas, bailando la charrada y el fandango.

Aquello hacía veces de diana.

En la plazuela de la Libertad, en cuyo centro se alzaba, hasta hace poco, una columna algo más gruesa que un cirio, con un león arriba del tamaño de un faldero, estaban los puestos

de la feria, instalados en casetas de madera alineadas y llenas de baratijas.

Siempre había allí un ruido infernal, mezcla confusa de gritos de los tenderos, de silbidos de los muchachos, del ir y venir de los compradores y del continuo estallar de los fulminantes.

El cuadro que ofrecía la plazuela se asemejaba á las descripciones que los viajeros hacen de los mercados marroquíes. En un puesto al aire libre se balanceaban racimos de tambores y panderas, con los aros pintados de azul y amarillo los unos, y con groseras pinturas de toreros, toros y bailarinas, las segundas. En una caseta se vendía loza, en otras utensilios de cocina. Aquí un moro, más ó menos manchego, espantaba con un plumero enorme el enjambre de moscas que revoloteaba sobre un montón de dátiles de Berbería. Delante de una tienda de juguetes se renovaban de continuo grupos de muchachos, que miraban con ojos de codicia las guitarras de cuatro cuerdas, los muñecos de cartón colgados del techo, las pistolas, los polichinelas, las trompas de colores, los salterios con teclas de cristal... Todo un tesoro volcado allí por alguna maga de las que figuran en los cuentos infantiles.

Sobre la acera del Mediodía, impidiendo ó dificultando el paso, estaban tendidos por el suelo ó colgados de la pared, á modo de alfombras ó colgaduras, pañuelos de seda de chillones co-

lores y piezas de puntilla, custodiado todo ello por tribus de quinquilleros, los cuales, sentados sobre las losas, se atracaban de sandías á la puerta de los mesones.

En algunos momentos la circulación era imposible. Las gentes se empujaban y se revolvían penosamente, dándose pisotones y codazos y chillando con gritería insoportable.

A nosotros aquel desorden nos parecía delicioso.

A pesar de los años transcurridos desde entonces, todo durante la fèria permanece lo mismo: gigantillas, músicas populares, puestos de juguetes, regocijos públicos...

Y, sin embargo, ¡qué molestos nos parecen ahora aquellos días; qué insoportables los silbidos, la aglomeración de gentes, los empujones, los chiquillos que van y vienen, corren y alborotan, como nosotros hace 20 años... Cuán desagradables... cuán irresistibles!

¡Qué cristal pone el tiempo delante de nuestros ojos que nos hace aborrecible lo que más hermoso nos parecía!

\*  
\* \*

El salmantino de raza se muere por las corridas de toros. Hasta hace poco, no había fiesta, por insignificante que fuese, que no se solemnizase con novillos, bien sueltos, bien enma-

romados. Antiquísimo origen deben tener estos regocijos.

Sin duda á ellos se debe que campee un toro en el escudo de la ciudad.

Gracias á los jardines que hoy existen en el centro de la Plaza Mayor y en la de los Bandos, sitios los dos donde se corrían antes los novillos, ha quedado, por necesidad, abolida aquella costumbre, que no estaba á la verdad muy en armonía con la cultura de la población salmantina.

Buena prueba de los gustos taurómacos de los hijos de Salamanca, es la tradicional costumbre de *visitar* á las fieras que han de ser lidiadas en los días 11, 12 y 13 de Septiembre, las cuales *reciben* á sus visitantes sobre la verde alfombra del Prado de Panaderos.

En la extensión que empezando en la carretera de Zamora termina en el pueblo de Villamayor, están en tres grupos, correspondientes á las tres corridas, los cornúpetos destinados al sacrificio. En medio de ellos destácase la quiijotesca figura del vaquero, cabalgando sobre su yegua y apoyándose con la diestra mano en la fuerte garrocha, cuya punta acerada brilla como el platino del pararrayos.

En torno de las reses se forma ancho corro de espectadores, muy satisfechos de poder examinar de cerca á los *bichos*, admirando la finura de sus remos, la robustéz de la cervíz, el co-

lor del pelo y sobre todo la disposición y solidéz de las astas.

Muchas señoras, con un valor impropio de su sexo, suelen llegar, por supuesto, en coche, muy cerca de los toros que, con ojo asombrado, las contemplan, como diciendo para sus adentros:

—«¿En qué pararán estas visitas?»

Jamás, que yo recuerde, han ocurrido desgracias en el Prado de Panaderos, lo cual es prueba evidente de la sensatéz de los cornúpetos.

Al día siguiente, caen estos en la cuenta del por qué de la curiosidad de los visitantes.

¡Oh! si las cosas se hiciesen dos veces!...



La tarde es hermosa. El sol de otoño ilumina con sus alegres resplandores la verde llanura, donde, esparcidos en animados grupos, meriendan alegremente los expedicionarios. Aquí, el puesto de fruta protegido por ladeado solombrajo, como un barco detenido en la orilla de verdoso lago; más lejos un baile; allá una riña; acullá un idilio campestre... Y por en medio de los corros que esmaltan el prado, pasan y vuelven á pasar, formando pintoresco contraste, el caballo andalúz, cuyos cascos apenas ajan la menuda yerba, regido por apuesto jinete, ó la es-

tampa huesosa del penco de pícar, sobre el que cabalga en silla de altos borrenes, el desharripado aspirante á mono sábio, ó la ruidosa cabalgata de mozalvetes, gineteando sobre los lomos de pacíficos jumentos, ó el *landeau* elegante, *entoldado de sombrillas*, que se desliza rápido y sin ruido sobre la mullida alfombra de la pradera.



A las altas horas de la noche se ponen en movimiento los toros de la corrida del día siguiente. Las seis ú ocho reses, apretadas unas contra otras, rodeadas de los cabestros, cuyos cencerros suenan monótonos en medio de la soledad de los campos, cruzan á través de los rastros, acompañados de los vaqueros que, garrocha en ristre, trotan á los flancos del ganado. Aquel grupo, al que las sombras nocturnas dan cierto aspecto fantástico, se encajona en las merinas, y desaparece al fin tras las tapias del corral de la Plaza de Toros.



Las corridas que se celebran en Salamanca durante la *féria*, aventajan en animación y alegría á las que se verifican en la plaza de Madrid. Aquí son un acontecimiento ordinario, repetido

una ó más veces cada semana. Allí son el espectáculo por excelencia, esperado con afán durante 365 días. Aquí un torero es el chulo más ó menos aburrido de siempre, plantado día y noche á la puerta del Imperial; allí es un sér extraordinario, un astro con coleta, que pasa por la ciudad, se deja admirar durante dos ó tres días, y sigue luego recorriendo su órbita, para volver á presentarse en el horizonte al año justo de haber desaparecido de la vista atónita de los espectadores.

Los tres días de toros, anunciados con la debida anticipación por la *Mariseca*, constituyen el apogeo de la fèria.

Las aldeas vecinas á la ciudad se despueblan. Diligencias y trenes llegan atestados de viajeros. Desde las primeras horas de la mañana, hasta las doce del día, las carabanas de charrros y charras no dejan de entrar en la ciudad, ya á pié, ya á lomos de toda especie de caballerías. Después de dejar el *arre* en los figones y posadas, lánzanse en cuadrillas de veinte ó treinta, cogidos de las manos, á visitar invariablemente los gabinetes de Historia Natural y de Física, el Museo y la Biblioteca.

En tanto que estas turbas, con sus trajes de fiesta, recorren sudorosos los sitios indicados, la *creme de la creme* de la población pasea por la Acera del Correo, ó forma tertulias, sentándose en las sillas colocadas bajo los arcos, mien-



tras que una banda de música *ejecuta variadas piezas* en el templete del centro de la Plaza.

A la una empieza el desfile. Los paseantes se retiran á sus domicilios para disponerse á acudir á los toros. Los aldeanos, sentados ó tendidos sobre las piedras de la Lonja de la Cárcel ó de la Plaza de la Verdura, se regodean con sendos platos de pescado frito ó enormes rajas de melón y sandía, hasta que el toque de una trompeta pone en pié á todo aquel aduar.

Es el piquete que va á la Plaza, precedido de la música del Hospicio y de un pelotón de chiquillos, que saltan y corren delante de la charanga, como los perros de las aldeas delante de los coches de camino. Formando la retaguardia van los charros y sus hembras. Todos asaltan la Plaza en cuanto las puertas se abren, y allí esperan, pacientemente, sentados al sol durante tres horas, á que pise la arena el primer cornúpeto.

Es un horror verlos cubriendo los tendidos, en mangas de camisa los hombres, y las mujeres con chillones pañuelos de seda en la cabeza, sudorosos los rostros, bajo el plomo derretido de aquel sol de *madura membrillos*.

A las tres y media en punto empieza la corrida. La Plaza está de bote en bote; delante del palco presidencial relucen los fusiles de los guardias civiles; en palcos y balconcillos, lindísimas mujeres, superiores en belleza á las que pueblan

los lienzos de Goya, muestran sus hermosos semblantes, orlados por las anchas ondas de la española mantilla, prendidas con flores menos rojas que los labios de sus dueños. En un tendido, Matías *el de Hervás*, apostrofa al presidente; en otro estalla una reyerta; aquí silban; allí vocean: los músicos del Hospicio soplan; los vendedores gritan, y todos los espectadores parece que se hallan bajo el dominio de una influencia, que los trueca en un concurso de dementes.

Es verdaderamente un espectáculo hermoso el que presenta la Plaza en el instante de hacerse el despejo. Delante el alguacil, vestido á la usanza del siglo xvii, con el sombrero empenachado de plumas, cabalgando sobre lijera jaca, de finos remos, redondas ancas y cabeza y cuello erguidos. Después los toreros, vestidos de raso y oro, con los capotes terciados graciosamente, marcando el paso, y con el brazo derecho algo doblado por el codo y moviéndolo al compás de la música; luego los picadores sobre los escuálidos jamelgos, y por último, las mulillas, llenas de banderolas, madroños y caireles.

Cambian los diestros las capas de paseo por las de la lidia, dejando aquellas á los aficionados de talanquera, que, colocándolas delante de ellos en forma de colgadura, se muestran muy ufanos de la honra que acaban de recibir.

Suena el clarín, ábrese la negra boca del chiquero, y salta sobre la arena, bañada de luz, el primer toro de la corrida.

Desde aquel momento truécase la fiesta en horrorosa carnicería. El toro, ciego de fúria, con el morrillo bárbaramente destrozado; el jamelgo, escuálido y huesoso, pisoteándose las tripas; el estúpido picador, medio deslomado y pataleando en medio del charco de la sangre caliente de su cabalgadura, y el mono sábio, soez y brutal, buscando, entre la melena de un jaco espirante, el lugar á propósito para darle la puntilla!... El público, nunca hartado de aquella barbarie, grita con voz enronquecida: *¡Caballos!*

¡Qué horror y qué asco!...

. . . . .  
Cuando acaba el bárbaro espectáculo, salen los aficionados, místios y cariacontecidos. Hay algunos que ostentan en la mano una banderilla ensangrentada, que han tenido la honra de arrancar de la cervíz del cornúpeto... después de muerto. En todos los semblantes se nota el desaliento y la fatiga... Hasta el mismo Matías parece disgustado... Es que se ha quedado afónico á fuerza de gritar.



Con la última corrida puede darse por terminada la féria. Ni las transacciones del Teso

tienen actualmente importancia, ni la animación, ni la alegría, traspasan los límites de los tres días de toros.

Salamanca vuelve á entrar en su vida ordinaria, momentáneamente interrumpida, dejando en el ánimo de los salmantinos la desilusión que sigue siempre al placer gozado.

De mí sé decir, que me producía pena mayor la terminación de la fèria, que gozo me había causado su principio.

Siempre están en la misma proporción la alegría y la tristeza.

## Bretón en Salamanca



---

## XI

### BRETÓN EN SALAMANCA

**D**ORMIRSE en el tren es una de las pruebas de valor que puede dar el viajero que desde Medina se dirige á Salamanca ó vice-versa.

Aquella vía, construida sobre terraplenes que se desmoronan; aquellas traviesas podridas, que apenas pueden soportar el peso del tren; aquella máquina, remendada y rechinante, que se arrastra como bestia herida hácia el término del viaje; aquellos puentes, cuyos barandales, al menor descuido del viajero curioso, le dejan sin cabeza; toda aquella herrumbre, que cruje como si se fuese á hacer pedazos, cosas son capaces de poner espanto en el ánimo más esforzado y sereno.

Y, sin embargo, yo dormía, tendido lo más cómodamente posible, en un departamento del único wagón de primera clase, que, en unión

de unos cuantos coches apollados, caminaba arrastrado por una locomotora inválida, al amanecer del día 2 de Marzo de 1889.

Como queda dicho, yo dormía á pierna suelta al borde del abismo.

De repente, me despertaron unos trompetazos terribles.

—¡Cielos!—exclamé, como en las comedias. —¿Será la trompeta del angel que me llama al último juicio? ¿Será que he perecido, víctima de mi temeridad?

Abrí los ojos y ví tierras áridas y árboles solitarios... —¡El valle de Josafát!, pensé.

Por fortuna me equivocaba. No era el valle de Josafát, sino la estación de Cantalapedra. Los trompetazos no los había dado el angel apocalíptico, sino unos cuantos músicos, que saludaban á su modo la llegada del tren.

La intención era buena, pero ¡ay! las consecuencias para nuestros oídos desastrosas!

Cuando la primera pieza fué terminada, el capitán de los filarmónicos se acercó á nosotros. En el departamento inmediato al mío, el maestro Bretón hacía de tripas oídos, asomado heroicamente á la ventanilla.

—¿Tiene V. la bondad de decirme quién es el Sr. Bretón? dijo el jefe de la banda, colocando su formidable cornetín bajo el brazo y quitándose la boina.

—Yo soy, contestó el maestro.



—Sea por muchos años, dijo el Mezquita de Cantalapiedra, inclinándose respetuosamente.

Sus demás colegas permanecieron á cierta distancia con sus instrumentos en batería.

—Pues nosotros somos *también* músicos... es decir de afición; y como sabíamos que pasaba usted para Salamanca, hemos venido... y *ve ahí usted*.

—Agradezco mucho á Vds., respondió cortésmente Bretón, el *ratito* que nos han proporcionado. Ahí vá un duro, y refresquen en mi nombre.

—No, señor, no; dijo el del cornetín.

Insistió el maestro, cedió el aficionado, volvieron á sonar los trompetazos, silbó la locomotora, y emprendió el tren su marcha, con más rapidéz que la acostumbrada, sin duda para escapar de la terrible polka con que nos despedían los músicos de Cantalapiedra.



Mi amigo D. Juan Barco, que ha descrito los campos de Castilla con tal fuerza de sentimiento, que su pintura no puede menos de leerse con lágrimas, departía conmigo, mientras que los dos contemplábamos, con ojos melancólicos, las tristes llanuras de la Armuña, monótonas y parduscas, estriadas por los surcos y rara vez interrumpidas por un grupo de casuchas, color de

*suela ni blanco ni negro*, apoyadas unas contra otras, al pié de una torre desvencijada, sobre la cual luchaba victoriosamente contra el viento graznadora cigüeña.

Pedroso... Gomecello... Moriscos...

Lanzó la locomotora *un torrente de notas aflautadas*, y nos avalanzamos á la ventanilla.

Salamanca se destacaba allí en el fondo ceniciento del horizonte, mirándose en las aguas del Tórmes, que se deslizaba tranquilo entre las alamedas de Santa Marta y las verdes praderas de la Aldehuela.

En un paso de nivel, que debe de ser el del camino de Cabrerizos, una mujer, envuelta en su *sayaguesa*, daba la señal de vía libre.

Bretón y los demás compañeros de viaje, el ya citado Sr. Barco, redactor de *La Iberia*; y los Sres. Rico, director artístico de *La Ilustración Española*; Gomez, catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros; Fereal, traductor al italiano del libro *Los Amantes de Teruel*, se habían asomado, deseando, como yo, contemplar cuanto antes la histórica ciudad, cuyas torres parecían gigantes, que nos daban desde lejos la bienvenida.

¡Oh lector! si arrastrado por los embates de la suerte, que hace de nuestra vida mísero bajel, flotando sin rumbo á merced de las olas, te has alejado de la ciudad donde se deslizó tu juventud; si abandonaste en hora triste el hogar que

fué nido de tus amores y altar de tus creencias; si viste perderse tras de tí y entre las brumas de la noche, el templo en que oraste de niño y el cementerio que guarda las cenizas de los séres amados; si después de sentir el trágico dolor de haber roto para siempre la cadena de flores que te unía con el tiempo pasado, más hermoso por que acabó para siempre, llega un día en que vuelves, después de larga ausencia, á la pátria adorada y tornas á ver la casa donde corrieron las horas de tu infancia y el arbol frondoso, cuya sombra protegió tus juegos inocentes, y la reja donde oiste la primera promesa de amor, y el banco de piedra, donde, con las manos entrelazadas y los labios juntos, *ella* y tú sentísteis el sublime arrobamiento del amor, ante el cual los astros mismos tiemblan de envidia en las profundidades del espacio; si al recorrer calles y plazas y al saludar los viejos edificios y los lugares sembrados de recuerdos; si al ver rostros amigos y oir acentos, cuyos ecos jamás se borran de la memoria; si entonces ¡oh lector! no te corren las lágrimas hilo á hilo por las mejillas, aunque tengas más barbas que Tomás Bretón; si no sientes angustias en el pecho y no vienen sollozos á tu garganta, dígoté en verdad que tienes corazón de palo, que, como dice un gran poeta, es más insensible que un corazón de granito.

Mientras que Bretón lloraba, Salamanca ha-

cía alarde de su júbilo con todas las demostraciones del entusiasmo.

Larga fila de coches seguía á la carretela en que iba el autor de *Los Amantes de Teruel*. Los balcones estaban vistosamente adornados de colgaduras; las calles atestadas de gente. A menudo tenía que detenerse la comitiva, interrumpida por la multitud, que quería saludar al ilustre salmantino.

Con los piés desnudos, detrás de los carruajes, corrían bandadas de chiquillos.

—¿Habrá entre estos, pens , algún Bretón del porvenir?

¡Quién sabe!...

Dios, al derramar sobre los hombres los dones de la inteligencia y del génio, no repara en detalles de indumentaria.

Antes bien, yo creo que prefiere   los des-harrapados,

Así al menos lo predicaba Jesús, recorriendo, con piés descalzos, los caminos de Judea.



La estancia de Bretón en Salamanca fué un banquete perpétuo. Banquete en el Teatro, en el Casino de la calle de Zamora, en el de la Unión, en la Fonda del Comercio y en el Salón Artístico.

Aquello era comer y beber sin descanso. Me

rio yo del festín de Baltasar, de las bodas de Camacho, y de los banquetes homéricos, y de las comilonas de Lúculo, y de las cenas de la Regencia, y de todas las fiestas gastronómicas habidas y por haber, en comparación de las celebradas en Salamanca durante los tres días que en ella permaneció Bretón.

Nos sorprendía el sol con la cuchara en la mano, y se alejaba dejándonos blandiendo el tenedor.

Milagro grande fué que no reventásemos de una indigestión.

Si un banquete era espléndido, el siguiente le aventajaba, y siempre el último nos parecía el mejor.

Se inauguró la série con el del Teatro del Liceo.

La sala estaba brillante; la mesa adornada con exquisito gusto. En los palcos, plateas y galerías *se habían dado cita*, como dicen los revis-teros, las mujeres más hermosas de la localidad, que es como decir las más lindas de España; que en esto de bellezas, testigo el Sr. Montano, las hijas de la histórica ciudad del Tórmes, pueden poner cátedra.

El ilustrado director de *El Teresiano*, que estaba cerca de mí, y yo, no podíamos comer tranquilos, por culpa de dos muchachas, que nos tenían como en áscuas.

Al terminar el banquete, mi colega y yo, de

tanto volver la cabeza, teníamos el cuello torcido. Habíamos contraído una *tortícolis*.



Cuánto se equivocaría el que juzgase á los oradores de Salamanca por ciertas muestras sin valor, de las que yo, por mis pecados, he tenido que ocuparme más de lo que quisiera.

No es, por lo tanto, extraño que los señores Fereal, Gomez y Rico, que no conocían á Salamanca más que de referencia, se admirasen al conocer la gallarda elocuencia de que se hizo brillante alarde aquella noche.

D. José Martín Benito, Alcalde interino, habló con una discreción, sencillez y corrección tales, que ya la quisieran para los días de fiesta muchos de los que consumen turno y paciencia en los escaños del Congreso. El Sr. Rector de la Universidad; Huebra, fogoso y elocuente orador; Muñoz y Bajo, directores, el primero de *El Adelanto* y de *El Fomento* el segundo; Bullón, Gomez, Barco, López Alonso, Espino, Gallego, Velasco, Ágreda, Nuñez, Nieto... dedicaron á Bretón frases de admiración sincera, que, enlazadas con otras de cariño, parecían llenar la ámplia sala de una atmósfera de nobles y puros afectos.

Bretón, con lágrimas en los ojos y acento conmovido, se levantó á brindar en medio de

religioso silencio. Sus breves palabras, entrecortadas por la emoción, tan impregnadas estaban de sentimiento, que resultaron más elocuentes que todos los discursos que se acababan de pronunciar.

—Que brinde el Sr. Rico, dijeron algunos comensales.

Se levantó el Sr. Rico, y gritó:

—¡Viva Salamanca!

—¡Vivaaa!... repetimos todos, y terminó el primer banquete.

Un incidente digno de mencionarse:

El notable pintor Carnero (*el Mudo*), escribió unas cuantas líneas, leídas por el Sr. Huebra, tan entusiastas y conmovedoras, que fueron acogidas con frenéticos aplausos.

Cuando á las altas horas de la noche buscaba yo en el lecho el descanso, que bien lo había de menester, al recorrer con la memoria los sucesos del día y al pensar en lo que había visto y oído, decía para mis sábanas: «La ciudad que como ésta, sabe honrar á sus hijos ilustres y cuenta con inteligencias tan claras y con talentos tan brillantes como los manifestados esta noche por los Sres. Benito, Esperabé, Huebra, López Alonso, Cuesta y otros muchos, no es pueblo agotado, sino ciudad que tiene porvenir, que no desmentirá, ciertamente, á su pasado.»

El patio del Casino de Salamanca, convertido en magnífico salón, ofrecía la noche del 3 de Marzo cuadro tan animado como hermoso.

La profusión de luces artísticamente colocadas; los suntuosos tapices que pendían de las paredes; las alfombras que cubrían el suelo, y la regia escalera, flanqueada de flores, que conduce al piso principal; la mesa, admirablemente presentada, con sus centros ostentando delicados ramilletes, con las copas de distintas formas en que se quebraban en irrisados cambiantes la luz de las lámparas y bujías; la vajilla, simétricamente distribuida; los comensales correctamente vestidos; el servicio inmejorable, prestado por los camareros de la Fonda del Comercio; todo aquel conjunto, elegante, artístico, distinguido, hacía pensar en las fantásticas fiestas de Venecia, celebradas en aquellos palacios, de esbeltas arcadas, ante cuyas escalinatas amarran sus silenciosas barcas los gondoleros.

Para que la ilusión fuese completa, una comparsa desfiló tocando sus callejeros instrumentos, cuyos ecos llegaban al patio dulces y melancólicos.

Todos los elogios que yo pudiera dedicar aquí al Presidente del Casino, Sr. Pastors, Ingeniero jefe de la provincia, resultarían inútiles para los que saben que es proverbial en Salamanca la distinción, finura y buen gusto que distinguen á nuestro aristocrático anfitrión.



Me faltaba añadir que en las galerías del primer piso, formaban como la hermosa guirnalda de aquella inolvidable fiesta, las más lindas hijas de la ciudad del Tórmes.



También hubo allí brindis elocuentísimos, inaugurados por un oportuno *speech* del Presidente, y continuados por verdaderos discursos, que pronunciaron, con su acostumbrada elocuencia, los Sres. Cuesta, Barco (D. Ramón), Maldonado, Huebra y otros, que no enumero por no hacer interminable esta lista.

Mas, entre todas, ninguna palabra hirió tan hondamente las fibras de mi corazón, como las pronunciadas por mi querido maestro, el sábio Catedrático de Metafísica, D. Mariano Arés.

Sencillo, sóbrio, insinuante, inimitable fué el discurso del eminente profesor salmantino.

Yo le oí más con el alma que con los oídos. Sonábame aquella palabra persuasiva, escuchada por mí, en más felices días, con recogimiento rayano en veneración, como recuerdo de mi juventud pasada, como aura perfumada de la primavera de mi vida.

Entonces el profesor tenía negro el cabello: hoy ya brillan las canas en la cabeza del discípulo; pero el tiempo, que enfría la sangre en las venas, y hiela el corazón, y ahoga la fé, y mata

el entusiasmo, no han extinguido en el sábio catedrático su amor por la ciencia, ni su anhelo por la ilustración de la juventud; ni en el humilde alumno que emborrona estas cuartillas el respeto profundo y el cariño entrañable que siente por su querido maestro.

¡Y tuve el atrevimiento de hablar después de él!...

Tolerancia y grande fué que no me tirasen mis comensales los platos á la cabeza.



La *paella* es la obra maestra del arte culinario, la epopeya de la cocina.

Dentro de la suprema síntesis del arroz, se dá, como decían los kranistas, la variedad de los más suculentos manjares, en la unidad del más sabroso de los guisos.

La *paella* es al gusto lo que una sinfonía al oído.

Hay allí notas tan delicadas y tiernas como pechugas de aves, solemnes como los tropiezos de jamón y lomo, suaves como la anguila...

Los *diletantti* del arroz, preferimos una cucharada de *paella* auténtica, guisada al estilo de Valencia, al más jugoso *entrecote* ó al más excitante *salmis* de perdices, ó á cualquiera de esos platos enrevesados que nos sirven en los restau-

rants de la córte los *traductores* de la cocina francesa.

Si no existiese *paella*, habría que inventarla.

Ella ha inmortalizado á Valencia. Es fama que las nereidas que habitan en el seno del Túria, sacan de las plateadas aguas los húmedos senos cada vez que llega á sus narices la fragancia del arroz, que la mano del habil tartanero condimenta bajo las alamedas que sombrean las márgenes del valenciano río.

Si por un plato de lentejas vendió Esaú su primogenitura, ¡qué no hubiera vendido por un plato de *paella* hecha por el *Chapao*, jefe de la cocina del restaurant de las Cuatro Estaciones!...

Por qué venís á la memoria mía dulces recuerdos de aquel arroz, el más sabroso de cuantos me han ayudado á pasar los más amargos tragos de la vida!...

Trescientas personas había en el salón del Casino de la calle de Toro, y durante el tiempo que se tardó en despachar el arroz, no se oyó otro ruido que el

«de los dientes y los huesos.»

Salvo sea la comparación.

Del resto del almuerzo no he de decir que fué excelente, tratándose de un banquete servido por la casa de los Ansedes.

Al destaparse las botellas de champagne se destapó también nuestra elocuencia, y brindamos por Bretón, por su obra, por Salamanca,

por la luz eléctrica, por las salmantinas y por la Escuela de San Eloy.



Originalísimo y exacto fué el brindis del señor López Alonso.

Al hablar de las fatigas y amarguras que ha tenido que sufrir Tomás Bretón para llegar á la cima de la gloria, decía el ilustrado director del *Correo Médico Castellano*. (Dispéñseme el señor López Alonso, si no reproduzco fielmente sus palabras).

«Así como Diego Marsilla, por alcanzar la posesión de su adorada Isabel, soporta con invencible constancia todas las penalidades y contratiempos que se oponen al logro de su anhelo, y amarrado al árbol legendario, oye las campanas que, al anunciar las bodas de la gentil aragonesa, doblan á muerto por la dicha del enamorado caballero; así Bretón, detenido en el camino de la gloria por los obstáculos de sistemática indiferencia y de intrigas ruines, ha clamado en vano durante mucho tiempo, amarrado al árbol de la envidia, sin poder estrechar entre sus brazos esa deidad, que tantos persiguen, pero que tan pocos alcanzan.»

Decía bien el Sr. López Alonso. Todos tenemos una Isabel, que nos tiende de lejos sus

brazos; pero pocos, muy pocos logran disfrutar de sus soñadas caricias.



A instancias de los comensales, pronunció Huebra brillante improvisación, cuyo motivo fué mi amigo D. Manuel Rodríguez, más conocido en Salamanca por el sobrenombre de *Cabecita*.

Es el Sr. Rodríguez uno de los profesores más inteligentes de la orquesta de Salamanca; pero su profesión artística, que es en él vocación decidida, no le impide ejercer otros oficios, si menos estéticos, mucho más productivos; y con la misma mano que ejecuta su parte de contrabajo en la sinfonía del *Guillermo* ó en la *Rapsodia Húngara*, construye un ataúd, que dan ganas de morirse, para *disfrutar* de él, al más feliz y optimista de los mortales.

Pero lo que yo más estimo de *Cabecita*, es su corazón, tan grande... mucho más grande que su cabeza.



Hizo Bretón el resumen de los brindis y consiguió el mayor triunfo que en aquel local, y con aquel auditorio, hubiera podido soñarse.

Tengo la certeza de que el noventa por cien-

to, cuando menos, de las personas que asistieron al banquete de la Unión, eran republicanos.

Pues bien, en aquella sala retumbó, sin protestas de ninguna especie, antes bien, con entusiasmo y amor, este grito que me complazco en consignar:

¡Viva la Reina!...

¿Quién había logrado arrancar de aquel concurso tan extraordinaria manifestación?

Bastó que el autor de *Los Amantes de Teruel* refiriese con acento agradecido las mercedes recibidas de la dama que ocupa el trono español, para que, sobreponiéndose en todos los que escuchaban al maestro, la voz de la gratitud á las pasiones políticas, resonase entusiasta y cariñoso aquel grito que tanto honra á los que lo lanzaron.

No en balde fué siempre la hidalga tierra castellana pátria de la galantería.

\*  
\* \* \*

Digno complemento de aquella inolvidable fiesta, fué el título de honor, grabado en elegante joya de extraordinario mérito artístico, labrada primorosamente por el aventajado filigranista D. Demetrio Hernández, á favor del primero y más ilustre compositor de nuestra pátria.

\*  
\* \* \*

De propósito he dejado para lo último el recordar la conmovedora fiesta del *Salón Artístico Salmantino*.

Reuniéronse allí centenares de obreros, no á ofrecer á Bretón espléndido banquete, no á presentarle valiosos obsequios, sino á agasajarle con lo que aventaja á los más ricos presentes: con la expresión de un afecto noble, sencillo y entusiasta.

Cada uno de los modestos industriales reunidos en el *Salón Artístico* para *pasar un rato al lado de Bretón*, había depositado de antemano *una peseta*.

El producto de la cuestación se destinó á tomar café, copa y cigarro en compañía del hijo del pueblo que, cargado de laureles, volvía entre sus hermanos, ansioso de estrechar entre sus brazos á los amigos de su infancia.

Aquella peseta, quizá reunida en calderilla, producto seguramente de un sacrificio, fruto de una privación, hurto generoso, hecho á imperiosas exigencias de la vida, tenía á mis ojos significación grandísima.

Los que han pasado por la vida sin aprender el valor de la moneda ganada á fuerza de fatigas y sudores; los que no se han parado á considerar lo que representa el puñado de calderilla logrado despues de ímproba tarea; los que ignoran que aquel menguado dinero es el talismán con que se compra la medicina del hijo en-

fermo, el pan que sostiene las fuerzas de toda la familia, el fuego del invierno, el abrigo, la luz, el hogar;... los que no saben que cada una de esas cosas es á veces problema más difícil que el que se dice resuelto por Peral; para los que todo esto ignoran, el modesto café servido en el *Salón Artístico*, acaso carezca de la importancia que yo le atribuyo.

Más para los obreros de esa mina sombría que se llama trabajo, lo mismo los que golpean la roca dura en la cantera, que los que manejamos día y noche la pluma, pesadísima herramienta de un oficio estéril, la peseta del trabajador vale tanto... qué digo tanto, vale más que la moneda de oro del potentado; más, que los mil duros con que la Diputación de Salamanca ha tenido la honra de obsequiar al maestro salmantino.

Allí estaba el pueblo con su traje manchado por el polvo del trabajo, desgarrado, pero honroso uniforme, ennoblecido por la lucha santa de todos los días y de todos los momentos contra la materia ingrata. Allí estaban los representantes de la pobreza laboriosa, sonrientes y satisfechos, porque podían decir en aquellos instantes, que á mí me parecían solemnes: «Bretón, hijo del pueblo, de entre nosotros saliste para tomar el camino de la gloria, llegaste á la altura á donde solo el génio sube; pero desde la cima que te sirve de pedestal, pregonas con tu



triunfo que aquí, entre los humildes é ignorados, suele empollarse el águila de anchas alas que traspasa las nubes y sube, sube siempre cara al sol.

\*  
\* \*

De otros muchos obsequios y agasajos fué objeto Tomás Bretón, tales como serenatas, banquete organizado por los músicos de la localidad, versos é iluminaciones.

Salamanca echó en aquellos días la ciudad por la ventana.

Seguro estoy de que Bretón conservará el recuerdo de las hermosas horas que pasó entre sus paisanos, como uno de los más felices de su vida.

Cuando en la noche del 3 de Marzo, en medio de la lluvia, partió el tren que conducía á Madrid á Tomás Bretón y á sus acompañantes, los Sres. Rico, Barco, Fereal y Gomez, la multitud que ocupaba el andén lanzó, en medio del estampido de los cohetes, un grito que ahogó el silbido de la locomotora.

¡Viva Bretón!...

Desde la ventanilla de un coche de primera, contestó á este grito otro, que era como el adiós de los que se alejaban.

¡Viva Salamanca!...

\*  
\* \*

Cesaron las cohetes, apagóse á lo lejos el ruido del tren, desapareció su roja luz allá en el fondo de las tinieblas, y los que acababan de despedir á Bretón, tornáronse hácia la histórica ciudad, haciendo votos por que los *Amantes de Teruel* tengan larga y numerosa sucesión.

# ÍNDICE



# INDICE

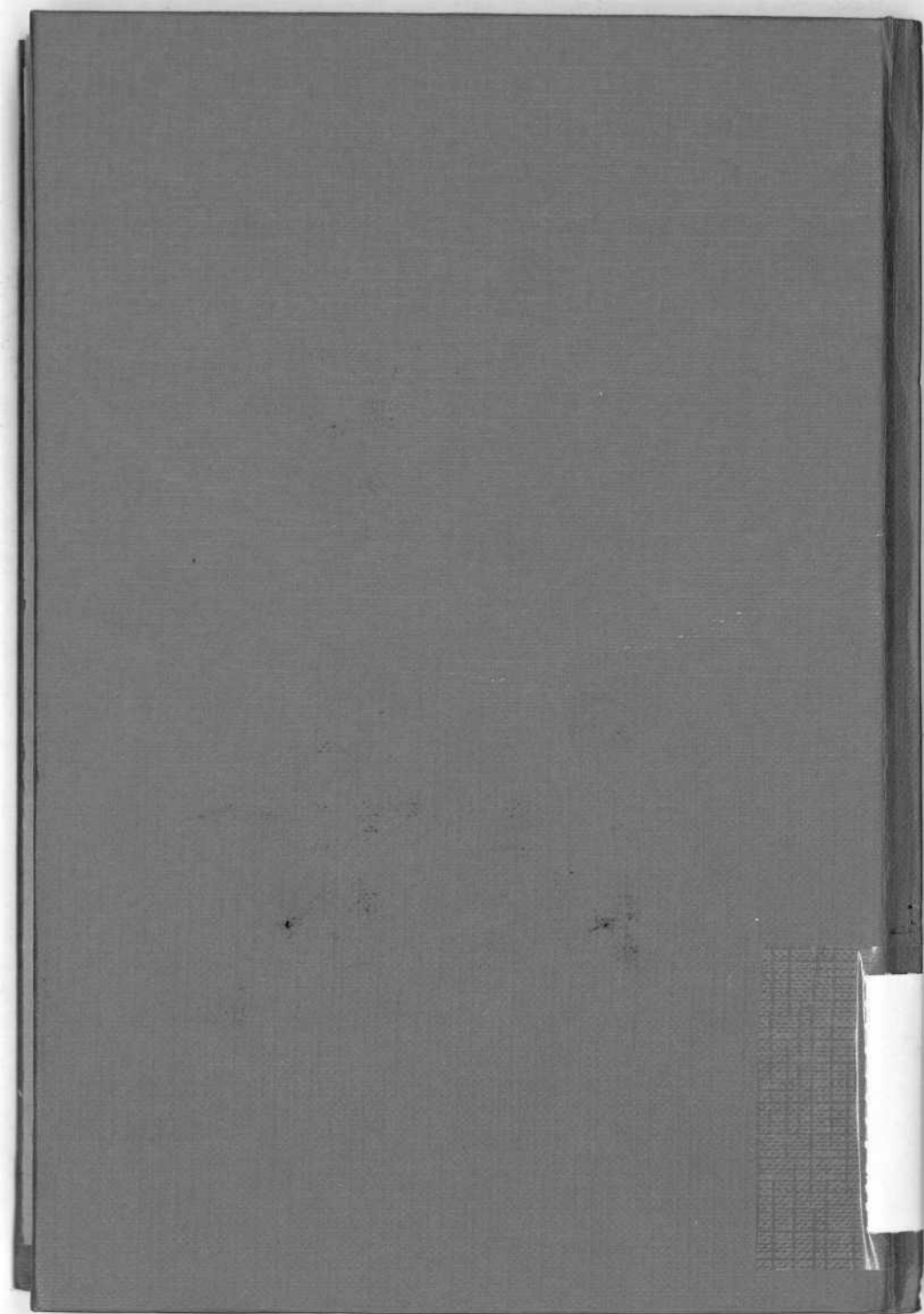
~

## Páginas

Prólogo.....	vii
Al que leyere.....	3
La Plaza Mayor.....	7
El Mariquelo.....	21
El Carnaval.....	33
La Merenguera.....	53
El Cristo de los Milagros.....	63
La noche de la revolución.....	75
El Cantón.....	99
La Universidad.....	119
El Cólera.....	141
La Féria.....	153
Bretón en Salamanca.....	167









**G 45079**

SALAMANCA POR DENTRO